

Capítulo XI de la Argentina Engülichada**Capítulo I de El Camino del Arco Iris****LA RUTA DEL VERDE – de Corrientes a las Cataratas del Iguazú**

Un sábado a la mañana, amanecí muy feliz en un discreto hotel de Corrientes. Había viajado en colectivo desde Buenos Aires hasta esa ciudad, Capital de la Provincia del mismo nombre. Lo hice en compañía de dos amigos del alma, Guillermo y Jorge, a los cuales logré convencer para que experimentáramos juntos en bicicleta, los caminos de Don Triángulo.

Habíamos convenido comenzar nuestro recorrido, desde Corrientes a las Cataratas del Iguazú - unos 632 kilómetros, si no se cuentan los desvíos -, en el Parque Mitre de esa ciudad, lugar adonde acordamos encontrarnos, mis “remolones” amigos y yo, a las siete de la mañana en punto.



Ingresé con mi bicicleta por el portón de entrada, construido en mampostería de piedras y al principio, me entretuve leyendo las placas recordatorias, tratando de descubrir la más antigua. Y preguntándome qué era, aquello que conmemoraban.

Me llamaron la atención los bulliciosos palomares y quería verlos más de cerca, pero me entretuve pensando en que por las leyendas de las placas, estaba en un espacio verde pero

con mucha historia. Un joven de inconfundible acento correntino, se acercó espontáneamente a hablarme y me explicó - *con evidente orgullo* - que ese lugar, adonde estábamos parados, había sido el escenario de terribles y sangrientas batallas durante la guerra de la Triple Alianza y que el Gral. Mitre, junto a sus valientes tropas, defendió a muerte a la ciudad, durante la guerra contra el Paraguay. En ese solar se había instalado una batería de pequeños cañones, que fue usada al máximo de su rendimiento, como una verdadera pared de fuego. Y que luego, fue la Plaza Mayor de las fuerzas veteranas de la provincia, recibiendo en un principio, la gloriosa denominación de "el Campo de Marte".



Y luego, conversando animadamente, me llevó hasta el gigantesco "*Gomero de la India*", un árbol de más de doscientos años de existencia (lo cual me produjo mucha angustia, ya que me recordó que era la misma edad de Don Triángulo al morir) y me aseguró, que no había ninguno similar en toda América (como Don Triángulo, volví a reflexionar). Me quedé pensando en todas las generaciones que lo contemplaron y en su papel, de mudo testigo de la historia correntina. Cuando le quise comentar mis impresiones, a este simpático desconocido, me di cuenta que

ya no estaba ¿Acaso se esfumó? ¿Quién era?...

En su lugar, aparecieron con desdibujadas caras de sueño no resuelto, mis dos apreciados amigos, arrastrando pesadamente sus aprovisionadas y relucientes bicicletas. Eran las siete horas y veinte minutos de una preciosa mañana y al amonestarlos, por semejante tardanza, me olvidé por un largo rato de la angustia que me produjo, la misteriosa aparición y desaparición del muchacho correntino...

Haciendo gala de mis conocimientos del Parque Mitre (aunque disimulé que eran recién adquiridos), logré impresionar a mis amigos, buscando que por un rato, me dejaran ser el líder.

Luego de hacer unos pocos ejercicios de estiramiento, sucumbimos a nuestra ansiedad por partir y a las siete horas y treinta y nueve minutos, iniciamos alegres como niños, la travesía del verde, pedaleando hacia la Avenida Costanera.



La Avenida es de incomparable belleza, sobretodo al estar celosamente custodiada por las flores azul violáceas de los jacarandáes, por los rosados de los lapachos en flor y por los rojos de los chivatos, mientras los ceibos y los jazmines magnos, besan tiernamente la belleza amarronada de las aguas del Río Paraná. Nuestros uniformes y los cascos, todos de color verde, armonizaban maravillosamente con el bello paisaje litoraleño. Pedaleábamos lento, como paseando, embobados por la imagen del imponente puente General Manuel Belgrano, de casi cinco mil

metros de largo y que une como un verdadero brazo de hermano, a esa provincia con el Chaco.

Avanzamos con más velocidad por la Avenida 3 de Abril, que luego se transforma en Avenida General Pedro Ferré y luego, en Avenida Independencia, hasta que llegamos a la rotonda, donde doblamos a la izquierda, en la ruta nacional número 12 y pusimos rumbo - muy ilusionados - a nuestro primer destino, Itatí.

Llevábamos recorridos casi cinco kilómetros en silencio, cuando divisamos el aeropuerto internacional de Corrientes, llamado Cambá Punta. Un avión despegó, pasando por encima nuestro y nos hizo percibir la lentitud de nuestro medio de transporte, pero también lo saludable y alegre de nuestro esfuerzo.

- *Me pregunto ¿Porqué tuvo que empezar este recorrido en un lugar que fue un campo de batallas, siendo que es una peregrinación hacia la paz? Es un contrasentido* - rompió el silencio Jorge con su agudo comentario y pregunta, mientras pedaleaba ubicado tercero en el pelotón.
- *Quizás sea porque cada uno de nosotros, debe librar el combate contra sí mismo y esa, es la guerra más difícil; Creo que nunca me puse tan feliz de una victoria, como cuando sentí que me vencía a mí mismo* - le respondí seguro, logrando el silencio de Jorge por un rato, lo cual me hizo seguir sintiendo el líder, aunque luego Guillermo, que se quedó pensando, nos aportó su opinión.
- *Pero la guerra que se libró en ese lugar, fue una más de tantas, que ayudaron a destruir el espíritu humano a lo largo de los siglos. La guerra, nunca deja de ser un asesinato en masa* - dijo muy serio y triste Guillermo.

- *Me quedé pensando en la insensatez que habrá sido en aquel tiempo, que alguien, por el solo hecho de haber nacido del otro lado del río, se sentía con derecho a matar a los que habían nacido de este lado - agregó Jorge, mientras tomaba su primer trago de agua mineral de la cantimplora.*
- *Si, es cierto - dije - pero la guerra es inevitable, desde que el ser humano tiene la libertad de hacerla y el egoísmo que lo impulsa a ejecutarla. El problema es que sería muy triste que nos pasaran por encima, si no nos preparásemos para defendernos. Y cuando nos defendemos, podemos hacerlo con heroísmo y eficiencia o al contrario, con cobardía y traición.*
- *Todas las guerras son santas para los energúmenos. Muéstrenme cual bando no ha bendecido sus banderas y cual, no siente que tiene a Dios o a su valor supremo, de su lado - me respondió vehemente Jorge, mientras ingería sus primeros caramelos*
- *Nueve meses en la panza de la madre; once o doce años estudiando y cuando marcha para la guerra, un muchacho con veinte años de esforzada formación, es eliminado en un segundo - agregó Guillermo - La Guerra solo destruye, en nombre de defender fronteras. Fronteras que solo existen, en la imaginación de los hombres*
- *Si quieres la paz, prepárate para la guerra... - les largué, intentando que fuera el comentario final, pero me replicaron enseguida.*
- *¿Es que no hay otra salida para la humanidad? ¿Tan poco es lo que valemos o podemos lograr como humanos? ¿No somos capaces de algo mejor?- dijo frenando bruscamente Jorge.*
- *No sé cuando lo logrará la humanidad, pero si uno mira la actitud que tenían la mayoría de las personas civilizadas hacia la guerra, a principios del Siglo XX y la que tienen ahora, a principios del XXI, notaremos que el rechazo es mucho mayor, actualmente. Y eso, me da esperanzas de un cambio en el día de mañana - dijo Guillermo levantando la voz.*

La frenada brusca de Jorge, se debió a que se le trababa el freno de adelante. Saqué una especie de pinza multiuso de mi bolso y le solucioné rápidamente el problema. Decidimos que era el momento oportuno de hacer la primera meditación sobre el verde, aunque el sol ya estuviese alto en el firmamento y elegimos una especie de descanso, a la vera del camino. Nos relajamos y la hicimos todo lo mejor que pudimos. Permanecimos un largo rato en silencio y por primera vez, sentimos que las palabras sobraban...

Me había ocupado de consultar y estudiar concienzudamente, a la hoja de ruta y eso, nos proporcionaba cierta tranquilidad de no sentirnos fácilmente perdidos, en un territorio no habitual y lejano a nuestras casas.

Personalmente había supervisado la preparación de las tres bicicletas y del equipaje, cuidando que se repartiera el peso entre ambas ruedas, para lo cual me ayudaron las modernas bolsas que ya vienen preparadas... Nos habíamos acostumbrado a circular con el peso adicional del equipaje, entrenándonos en plena ruta, antes de iniciar el viaje.

Nuestros pulmones se ventilaban a pleno con el aeróbico ejercicio ciclista y con la pureza del aire de esos parajes, los cuales nos hacían sentir que eliminábamos todo el aire viciado, que aspiramos durante años y años en nuestra congestionada ciudad de origen. Además, era la máxima oportunidad de relajarnos mentalmente, lo cual se empezaba a sentir deliciosamente en nuestros

músculos y articulaciones, cada vez más. Él tener que preocuparnos por el tiempo y la meteorología, o por el estado de la ruta y de nuestras bicicletas, hacía imposible que nos acordáramos de nuestros problemas hogareños o de los conflictos laborales. Y si lo hacíamos, ahora nos parecían pequeños y algunos, hasta demasiado ridículos para preocuparnos...Hasta la perspectiva misma de la vida, notábamos que empezaba a cambiar.



A cuarenta kilómetros de Corrientes, nos encontrábamos a la altura de la localidad de San Cosme. Me puse contento y traté de infundir mi entusiasmo a mis amigos:

- *¡San Cosme, muchachos! ¡El lugar donde nació el "Taita" del Chamamé!*
- *¿Y ese, quien es?- me preguntó muy extrañado Jorge (no sé si extrañado por mi entusiasmo por un pueblo o por mi raro interés por el Chamamé)*
- *¡Escuchen! - le respondí, encendiendo una pequeña radio pasa - casetes, ubicada sobre el manubrio de mi bicicleta ratera, con la música del Chamamé "Kilómetro11", ese con letra de *Alguer* y con música de *Tránsito Cocomarola*:*

***« Vengo otra vez hasta aquí
de nuevo a implorar tu amor
sólo hay tristeza y dolor
al verme lejos de aquí. »***

***« Culpable tan sólo soy
de todo lo que he sufrido,
por eso ahora he venido
y triste, muy triste estoy. »***

- *Cuando estudiante, viví tres años compartiendo una casa de pensión, con gente de la provincia de Misiones y así, conocí de cerca el mágico encanto de la música chamamecera, y ahora que la escucho, recorriendo estos paisajes naturales y conociendo los humanos que los pueblan, me parece que comprendo aún más profundamente, la excelencia de la que esta hecha - dije, mostrándome nostálgico y amante de la buena música*
- *Lo de los paisajes y la gente, lo entiendo. Pero decir que el chamamé es de excelencia... me parece una afrenta a la buena música. El chamamé esta a la altura de la cumbia y de la bailanta en mi opinión... o sea, son música para divertirse un rato y nada más - protestó muy crítico, mi amigo Jorge, pedaleando con más fuerza y adelantándose en el pelotón.*
- *Hay gente que tiene un concepto equivocado respecto al chamamé y creen, que es música para bailar solamente. El chamamé es una música que se parece mucho al tango, pues en ella la tristeza y el regocijo, se entremezclan desgarradamente - alegó a mi favor Guillermo*
- *Por supuesto - dije envalentonándome - Cuando escuchaba los chamamés en la pensión, mientras compartíamos un mate, mis compañeros me hicieron comprender que esa música habla del sufrimiento, de la explotación en la forestal, de la persecución de los "capanga" - esos capataces abusadores -, de la explotación de los ingleses en el litoral, de la explotación de los yerbatales en Misiones, de la injusticia realizada al hombre de campo...*
- *La música, hermana a lo espiritual con lo material, pero para eso no basta con escucharla, hay que sentirla, palparla, en su lenguaje universal. Y sabemos que realmente la estamos*

escuchando, cuando sentimos que nuestra soledad, súbitamente nos abandona y que a partir de ahí, nada nos falta - agregó Guillermo, gesticulando vehemente con sus manos.

Fue demasiado para Jorge, por lo que se limitó a cambiar de tema. El chamamé seguía sonando alegre y triste en la radio, mimetizándose con el paisaje de la ruta, con la misma tierra que lo engendro y lo trajo al mundo:

**« Nunca vayas a olvidar
que un día a este cantor
le has dicho llena de amor
sin ti no me podré hallar. »**

**« Por eso quiero saber
si existe en tu pensamiento
el más puro sentimiento
que me supiste tener. »**

**« Olvida mi bien
el enojo aquel
que así nuestro amor
ira a renacer
porque comprendí
que no es vivir
sin tu querer. »**

Fue el primer conflicto serio de nuestra peregrinación. De nada sirvieron mis argumentos para que visitáramos la localidad de San Cosme. Alegué, que en ella había un museo con antigüedades de la Guerra de la Triple Alianza. Y también una Iglesia antiquísima con un Cristo yacente, con la Virgen Dolorosa y con San Cosme, construidos en madera policromada. Pero nada.

Traté de convencerlos entonces, con las bondades de la hermosa Laguna Totorá. Les hablé de sus aguas cristalinas y su playa, con todo tipo de comodidades que le agregaron los correntinos. Pero nada.

- *Primero, en el plan original del viaje, no lo teníamos planeado. Segundo, es el primer día de viaje y no sabemos como responderán las bicicletas o nosotros, y tercero, no por eso menos importante, estamos a la mitad del trayecto fijado para el primer día* - dijo Guillermo bajándose de la bicicleta, mientras enumeraba las razones con sus dedos. Mi silencio, le otorgó la razón o quizás, le cedió mi deseo simple de no querer discutir, por el bien del grupo.

En un descanso a la sombra de los árboles, nos turnamos para meditar. Jorge se sentía mucho más tranquilo cuando alguno de nosotros vigilaba. Meditamos sobre el ser, y nuevamente partimos, luego de comer unos sabrosos sándwichs de jamón, queso y palmitos. El agua mineral, sació completamente nuestra sed.

- *Es muy lindo tener amigos... pero que feo es tener necesidad de ellos* - dije en son de bromas, pues nos habíamos quedado en silencio, luego de nuestra transitoria diferencia respecto a visitar o no, al popular poblado de San Cosme.
- *Tengamos cuidado* - respondió Jorge, siguiéndome la broma - *que de un amigo ofendido,*

suelen generarse los peores enemigos.

- *Un grupo de amigos, nunca viajará demasiado lejos si no es capaz de perdonarse los pequeños defectos que surgen a diario* - remató Guillermo con una sonrisa, que nos contagio a todos.

La sensación térmica, esa forma de llamar a la diferencia entre la temperatura real y la percibida, era cada vez más alta. Una brisa sopló desde el Este e hizo más soportable nuestro andar y mejoró la relación entre nosotros (la meditación nos mejoraba transitoriamente, pero luego, la biología de nuestro cuerpo y el calor y la humedad del medio ambiente, dominaban tiranos en nuestros diálogos y condicionaban que nos lleváramos bien o mal)

- *Viento del Este, lluvia como peste...* - dijo Jorge, mientras los tres oteábamos el horizonte en silencio, en busca de algún signo de una tormenta próxima.

Mi cantimplora mantenía el agua fría, gracias a un recurso aprendido de un viejo ciclista rutero. Por la noche, la llené con agua hasta un cuarto de su capacidad - *buscando que no explotase cuando se congelara* - y la dejé en el congelador hasta la mañana. Cuando me levanté, la rellené con agua mineral y así, tuve agua fría durante casi toda la jornada. Confieso que me sentí egoísta al no compartir mi fresca agua con mis compañeros, pero les comenté mi secreto y con eso, me sentí muy generoso.

Como practicante del ciclismo en condiciones atmosféricas adversas, yo conocía los beneficios de distribuir las nuevas prendas de ropa que se fabrican, en dos capas superpuestas y las estaba gozando. La capa interna, una particular camiseta en contacto con la piel, la mantenía seca mediante unos tejidos sintéticos especiales, que no se humedecían con el sudor y que a la vez era tan porosa, que transmitía el sudor a la capa inmediatamente superior, alejándolo de mi piel.

La capa externa, una especie de campera, estaba hecha de una membrana microporosa que me protegía de la acción directa del agua y del viento, impidiendo el paso en un sentido, pero favoreciendo la evaporación del sudor al exterior.

Lamentablemente para ellos, mis dos amigos habían considerado superfluas esas modernas ropas y ahora, al verme más cómodo que ellos, empezaban a lamentarlo.

Un viento huracanado comenzó a soplar en contra nuestro. Cambiamos la relación de engranajes, de un plato grande a uno chico y de un piñón chico a uno grande, como corresponde técnicamente hacer en estos casos, pues se requiere hacer menos fuerza, sacrificando velocidad. El viento crecía más y más, por lo que decidimos guarecernos entre unos grandes árboles, a un costado del camino.

Las copas de los árboles se zarandeaban, produciendo en nosotros la impresión que se desgajarían - en cualquier momento - desde sus ramas más gruesas y que se quebrarían por sus corpulentos troncos. Las aves revoloteaban asustadas buscando sus perdidos nidos, los animales de una hacienda que observábamos detrás de un alambrado, se amontonaban protegiéndose, mientras volaban erráticas las hojas, ramas, arbustos y papeles, en un mezclanza surrealista de formas y colores. El cielo parecía la paleta de un pintor frenético, explotando en pedazos de azules sucios, de grises insípidos y de blancos irracionales, como recién escapados de una horrible pesadilla.

Las nubes parecían querer atacar la tierra con la fuerza de millones de enfurecidos gigantes, bramando con sus truenos retumbantes e iluminándose espantosas, con deslumbrantes relámpagos. La experiencia aconsejaba no quedarse cerca de los árboles, por la posibilidad de que nos cayese un mortal rayo, pero la fuerza del viento era tan intensa y aumentaba inclemente de minuto en minuto, que amenazaba arrastrarnos como a indefensos y débiles muñecos, perdidos en la inmensidad del campo.

Finalmente la lluvia comenzó a caer con tal fuerza, que un nudo de angustia se nos cerraba en la garganta de los tres, totalmente desconsolados y arrepentidos de habernos involucrados en semejante viaje, al cual nadie nos obligaba a hacerlo. Una catarata increíble de agua se precipitó despiadada sobre nosotros, sin que pudiésemos hacer otra cosa más valiente, que el esperar sin movernos, como pollos empapados y asustados. Lo único que nos diferenciaba de las amontonadas vacas en el medio del campo, era la presencia de nuestras mojadas bicicletas.

La intensidad de la lluvia no le daba tiempo al terreno de absorberla y al rato, comenzó a formarse una considerable laguna a nuestros pies, en la cual nadaban los pastos secos, mezclados con desechos plásticos y las pequeñas ramas, con hojas sueltas de diarios, como si la madre naturaleza nos mostrase reprochando, la incorregible negligencia humana al manejar sus desechos en la ruta.

Después de lo que nos pareció una eternidad, la lluvia comenzó a amainar y nosotros, a tiritar cobardemente. Totalmente empapados, habíamos pasado del insoportable calor tropical al insufrible frío de la lluvia.

Guillermo sacó de entre sus enseres unas barras de un crujiente y sabroso chocolate suizo que nos convidó, logrando levantar nuevamente nuestra alicaída moral. Yo saqué unos gruesos toallones, con los cuales secamos nuestros cascos y cabezas. Poco a poco, comenzaba a resurgir nuestro yo, luego de haber sido vapuleados hasta el anonadamiento. Luego de haber comprendido nuestra pequeñez, naufragada en la inmensidad del universo.

Al rato, estábamos otra vez pedaleando entusiasmados por la ruta doce, la cual se iba escurriendo lentamente, aunque permitía que avanzáramos sin mayor dificultad.

- *Nada hay que me guste más, que un plácido día soleado, con una temperatura agradable y estar sentado cómodamente en el living de mi casa, con la panza llena...* - dije a mis amigos, mientras aumentábamos la velocidad - *pero nada me demuestra mejor, que es lo que puedo esperar de mi mismo y de los que me rodean, como al estar en medio de la tormenta y sin ninguna protección...*
- *Es cierto* - respondió Guillermo, que había captado mi mensaje - *uno se da cuenta quien es aquel que nos quiere de verdad, por como reacciona y nos trata cuando nos asaltan los problemas.*
- *¿Falta mucho?* - preguntó Jorge

A la altura del kilómetro cincuenta y ocho, un cartel verde con letras blancas, nos señalaban hacia la izquierda por la ruta provincial N° 20, la presencia de la localidad de Itatí a quince kilómetros de la ruta nacional N° 12. La posibilidad de una maravillosa habitación de hotel y de poder dormir tranquilos unas horas, se cruzó veloz por nuestras mentes, estimulándonos a pedalear sin pausa.

Hubiésemos debido meditar, pero estábamos tan cansados que ninguno lo mencionó, procurando que los otros, tampoco lo hicieran.

El Santuario de Itatí, a orillas del Alto Paraná, con su pequeña y apacible población, la más antigua de la provincia, nos recibió desde lejos, mostrándonos a su magnífica y gigantesca Basílica.

Sus habitantes, acostumbrados a recibir forasteros en forma masiva y desbordante, durante los acontecimientos principales - el 16 de Julio, para el día de la Coronación Pontificia de la Virgen y el 21 de septiembre, para la Peregrinación de la Juventud - no dejaban de sorprenderse y observarnos curiosos. Los tres ciclistas verdes, cansados y sucios, que llegaban "*pedaleantes*" hasta su ciudad, en busca de consuelo espiritual y físico.

Fuimos al primer hotel que encontramos, cerca de la entrada de Itatí. Luego de registrarnos y abonar por adelantado (quizás desconfiaron, por nuestro desaliñado aspecto), nos permitieron guardar las bicicletas en un patio trasero y descolgando los bolsos, subimos tranquilos a nuestra habitación compartida para tres.

Jorge y Guillermo, con mucho menor preparación y experiencia física que la mía, se bañaron y cayeron rápidamente rendidos sobre sus camas, sin siquiera abrir sus sabanas. El concierto de ronquidos en Do Mayor y La Menor, que me ofrecían mis amigos a los pocos minutos de abandonar la realidad, me confirmaron la sospecha que albergaba desde hacia un par de horas: que pasaría el resto de la tarde y de la noche, sin la grata compañía de ambos.

Salí a caminar y mi primer destino - como era obvio - fue acercarme a la Basílica, un atractivo imperdible para un curioso como yo. Realmente, una obra monumental e imponente, que me hubiese alegrado compartir con Jorge y con Guillermo.



Constituida por tres naves con una cúpula central, las medidas de esta última resultaban asombrosas y justificaban ampliamente, el título de la mayor de Sudamérica: Veintiséis metros de diámetro, un espacio que podría albergar cómodamente a dos camiones, con sus correspondientes acoplados. Sus ochenta metros de altura, mirarían desde arriba al orgulloso y fálico Obelisco de la plaza de la República, en Buenos Aires, con diecisiete metros menos de altura.

En la cúpula, coronándola majestuosamente, esta entronada una bellísima escultura de la Virgen de Itatí, realizada en cobre y de casi ocho metros de altura, la cual parece contemplar y cuidar maternalmente a sus fieles. Esos fieles que llegan en sus tradicionales peregrinaciones, sobre todo de la región nordeste, pero también del resto del país, con carretas tiradas por bueyes, o montados a caballo o simplemente a pie, desde hace más de trescientos años. Según se cuenta, la Virgen de Itatí apareció en Tabacué, impidiendo a los indígenas que atacasen a los colonos del lugar.

La Basílica fue inaugurada el 16 de julio de 1950, al conmemorarse el cincuentenario de la

Coronación de la Virgen. Su inmenso interior, puede cobijar a los ocho mil habitantes de Itatí e incluso, sobrarle holgadamente espacio para recibir a otras dos mil personas más.

Me senté en silencio y medite sobre el color verde y luego, sobre la esencia de mi ser. No pude contener las lagrimas, por una extraña felicidad que me embargaba. Luego oré, como hacia años que no lo hacía y realice un balance del primer día. En mi opinión, era favorable y estaba ansioso por iniciar el día dos.

Recorrí el poblado comenzando por el Museo de la Virgen, ubicado en un viejo edificio colonial. El arte sacro que encontré en su interior, me sorprendió. La imagen del Cristo de la Paciencia en madera policromada; el Cristo yacente con sus brazos articulados, tallado en madera por los indios guaraníes y la Cruz del Buen Ladrón, junto con la imagen de la Virgen de Itatí, con sus manos y rostro talladas en nogal y el cuerpo en madera de timbó, volvieron a emocionarme por la inocencia y pureza con las que fueron construidas.

Luego recorrí sus pintorescas calles de pueblecito del interior, pero lleno de comercios atiborrados - me recordaban a Luján y a San Nicolás - con imágenes y recuerdos alusivos a Itatí. Me compre una medalla de la Virgen, la cual colgué de mi cuello y le pedí en silencio - *besándola* -, que fuera la Patrona y cuidadora de nuestro peregrino pelotón. Me quedé esperando que anocheciera y seguí caminando, contemplando el Alto Paraná y sus pescadores, que extraían variados ejemplares de Dorado y Surubí, de Boga y de Pacú.

Al otro día - *segundo día en la ruta* -, salimos bien temprano. En la ruta doce, pedaleando nuevamente, pasamos a las diez de la mañana, en el mayor de los silencios, por el arroyo Santa María, antes de la localidad de Itá Ibaté. Jorge y Guillermo habían dormido profundamente hasta el amanecer, solo interrumpidos por un breve episodio de calambres del primero, alrededor de las dos de la madrugada. No habíamos meditado y eso me preocupaba. Cuando intente contarles todo lo que había visto en Itatí, Jorge me interrumpió diciendo:

- *La religión, es el opio de los pueblos.*
- *También lo es el fútbol o la televisión o la música, pero no por eso se transforman en algo malo* - respondí en tono de defensa y sintiéndome rechazado por ellos.
- *¿Sabes que pasa, Carlos, en el fondo? Yo personalmente, hasta dudo de la existencia de Dios* - expreso Guillermo
- *Y vos, ¿estas seguro que existís y que no sos una vana ilusión del universo?* - le dije
- *No..., es cierto, ni siquiera estoy seguro de existir yo mismo, hasta lo dudo...* - respondió Guillermo
- *Pero si estas dudando, es porque pensás. Y si pensás, existís* - le dije, citándolo al gran Descartes. Guillermo se quedó pensando, por lo cual seguí avanzando en mi razonamiento y pedaleando en la ruta.
- *Fíjate que si existís y pensás, pero dudas, la conclusión natural es que sos un ser imperfecto...*
- *Y... sí. No hay dudas* - respondió Guillermo
- *¿Y de donde surge esa sensación de imperfección?*
- *... no lo sé* - contestó, sin dudas intrigado
- *Surge, porque en nuestra mente reconocemos, sin la menor duda, que la perfección existe. Y esa perfección, es lo que todos conocemos como Dios* - rematé, intentando convencerlo de la existencia de Dios (y quizás, queriendo convencerme también a mí mismo, de lo que yo decía)

- *¿Y qué diferencia hay entre un fanático religioso y un religioso de verdad?* - pregunto Jorge
- *Quizás la diferencia este en los hechos diarios que realizan* - le respondí - *Un fanático habla mucho de Dios, pero las obras que realiza son la antítesis del amor y del servicio a los demás. Un verdadero religioso puede no hablar mucho, pero sus hechos están inspirados en el amor a los demás. Obras y no palabras, marcan la diferencia...*
- *Un turco amigo de la zona de San Cristóbal en Buenos Aires, siempre repetía que para el que busca a Dios, los santuarios lo ahogan...* – comentó Guillermo.

Jorge comenzó a quejarse. Me di cuenta que presentaba una de las lesiones más frecuentes del ciclista. Es aquella que aparece ardiendo en el periné, producida por el constante roce con el asiento. Sin hacer caso a mis consejos, le había colocado a su bicicleta un asiento demasiado ancho y su pantalón corto, no lo eligió entre los que se fabrican sin costuras, como esta indicado para cubrirse en esa delicada zona.

- *Encima, estoy muy seco de vientre* - exclamó molesto Jorge, masajeándose el abdomen con movimientos circulares. Lo tranquilice, explicándole que en el ciclismo, la musculatura abdominal apenas si trabaja y que la posición, no favorece la función digestiva.

Tuvimos que pararnos a un costado del camino y esperar a que Jorge, cumpliera con el rito ancestral de su necesidad fisiológica mayor. Por supuesto que no traía papel higiénico y tuve que facilitarle el mío.

- *¿Por que le falta el tubo de cartón del medio?* - preguntó intrigado
- *Porque es más fácil de guardar, al ocupar menos espacio...* - le respondí, mientras le pasaba la vaselina espesa, para que la colocase en su "paspada" intimidad.



Llegamos temprano a Itá Ibaté (que significa "Piedra Alta", en Guaraní y hace alusión a que sus costas altas, toleran mejor las crecidas del río), habiendo recorrido unos ciento noventa kilómetros desde la partida. Cenamos temprano, deleitándonos con ricos pescados de la zona, el Dorado y el Pacú, también conocido este último como chanchito de río, que nos prepararon a las brasas, condimentados con cebollas, morrones, tomates, crema de leche y queso Roquefort. El dueño de la parrilla – *un correntino muy experto en bebidas* - se entusiasmó con el relato de nuestra peregrinación y nos convidó con

todo tipo de vinos -*Blancos Crianza y Blancos Jóvenes, Rosados, Tintos Crianza y Gran Reserva* -, los cuales degustamos con toda la moderación que pudimos.

Alquilamos unas cómodas cabañas, que compartimos con "bochincheros" turistas brasileños y "materos empedernidos" uruguayos, los cuales nos miraban "como a bichos raros".

Bien temprano en la mañana – *tercer día en la ruta* -, nos pusimos en marcha. Mis amigos accedieron a una rápida recorrida, para observar la capilla construida en 1902 y al Cristo en la Cruz, construido en una sola pieza de madera de timbó colorado. La cruz, construida en lapacho, alcanza los once metros de altura.

A las nueve y media de la mañana, cruzamos el arroyo Santa Lucia y decidimos detenernos a

meditar. Lo hicimos y eso, fortaleció muchísimo el espíritu de los tres. Cada día, las dificultades nos parecían más tolerables y adquiríamos la confianza de sentirnos capaces de ofrecer una solución a cada problema.

- *¿Por qué se deben hacer en bicicleta estos caminos de Don Triángulo?* - me preguntó intrigado Jorge.
- *Don Triángulo no lo explicó. Pero pienso que la bicicleta es el vehículo más universal que existe y eso, nos iguala, nos hermana. Una bicicleta la posee tanto el rico como el pobre, el viejo como el niño y el que vive en la ciudad, como en el campo.*

Meditamos ese día, mucho mejor que todas las otras veces. Nuestro espíritu comenzaba a elevarse, por encima de las dificultades que sentía nuestro cuerpo.

El rendimiento de nuestras bicicletas había sido excelente hasta ese momento, por lo que mientras Jorge se tendía a tomar sol, yo me dediqué a reajustar la tornillería general de las tres bicicletas.

Con el inflador manual le introduje presión a las cubiertas (decidí no usar el aire de las estaciones de servicio, para no correr el riesgo de dañar las cámaras con hiper presiones). Jorge, a último momento antes de salir de Buenos Aires, había cambiado el tipo de cámara, por lo que cambio el tipo de válvula y tuve que usar un adaptador que improvisé, para poder inflar la suya. El seguía tomando sol, rotándose cada cinco minutos, para tostarse parejo.

Repasé centímetro a centímetro cada cubierta, para detectar algún elemento que estuviera pinchado. Di vueltas a las bicicletas y las aceite en sus bujes, frenos, cambios y cadenas. Revisé a fondo los pedales, bielas, ejes “pedalier” y controlé la firmeza de ajuste de los manubrios de dirección. Jorge, pedía a gritos que le pusiéramos bronceador en la espalda.

Guillermo preparó una comida fría, sobre la base de milanesa cortada en trozos, huevo duro, chorizo de campo y pan casero. De postre, sacó un frasco con sabroso dulce de mamón casero. Todo lo había adquirido en Itá Ibaté. Pero Jorge se había enojado con nosotros, por que ni siquiera contestamos a su pedido de aplicación del bronceador y se negó a comer. Comimos en silencio con Guillermo, sentados sobre el pasto y luego, él me confió mirando el camino hacia Ituzaingó, que este viaje le recordó una frase que repetía su abuelo: *“Si te sientas en el camino, ponte frente a lo que aun has de andar y de espaldas a lo ya andado”*

Jorge no quería usar anteojos en la ruta y menos, anteojeras protectoras, justificándose que le molestaban y no le permitían tostarse bien pareja la cara. Tenia inflamado el ojo derecho, seguramente por algún insecto que le impacto en su ojo. Revolviendo en mi bolso, encontré un colirio y mis anteojeras de repuesto. A pesar de que las gotas oftálmicas lo aliviaron y de comenzar - *por fin* - a usar mis gafas de repuesto, su enojo con nosotros no menguó.

- *Primero yo, después yo y siempre yo...* – no aguanté más y mientras pedaleábamos por la ruta, se lo largué irónicamente a Jorge.
- *Si no fuera un egoísta, creo que no sería humano...* – respondió Jorge, afortunadamente sonriendo y sin tomar a mal mi comentario.
- *Tampoco dejarías de ser un cerdo, si no fueras egoísta ¿no?* – añadió Guillermo, lo cual nos puso tensos a los tres, por lo cual traté de cambiar el tema de conversación.
- *Es extraño, hace un rato reflexionaba sobre mi trabajo en Buenos Aires y mi Jefe. Cuando le pido un aumento de sueldo, mi trabajo para él, siempre termina siendo el de menor*

importancia, pero si le pido un día libre, soy insustituible...

Continuamos conversando animadamente y el humor del grupo, fue mejorando notablemente. Íbamos tomando conciencia – *poco a poco* - que las reflexiones sobre distintos temas, nos transportaban más allá del espacio estrecho en el que nos encierra nuestro egoísmo. Dialogar así entre nosotros, era algo curativo y sanador de nuestras endurecidas almas, cualquiera fuese el giro que tomara la deliberación. Empezaba a entender un poco más, el mensaje póstumo de Don Triángulo.

Anocheía cuando aún estábamos a veinte kilómetros de Ituzaingó. Sacamos las linternas a pilas y las sujetamos en los bolsos, ubicados sobre el manubrio. Yo, además, tenía una luz muy potente para colocar en el casco, con lo cual iluminaba a mis amigos cuando quedaba último en el pelotón y los hacía muy visibles a los conductores de autos y camiones, que nos adelantaban. Sujetamos las luces traseras, rojas e intermitentes, a nuestras ropas – afortunadamente reflectantes – y a los bolsos traseros.

Guillermo y yo, nos habíamos colocado repelente de insectos, luego de media hora de habernos aplicado el protector solar. Jorge se negó, argumentando que no se podían poner las dos cremas al mismo tiempo. Una nube de mosquitos asesinos, se abalanzó sobre nosotros. Molestaban e impedían la visión, pero con Jorge se ensañaron cruelmente, intentándosele introducir hasta por la boca y picándolo de a miles. Se bajó de la bicicleta mientras se repartía cachetadas por todo su cuerpo. Guillermo, no tuvo mejor idea que mofarse de él:

- *No Jorge, no los mates... son como tus hijos, ¡tienen tu misma sangre!*

Calmé los nervios ante la desagradable discusión que la ocurrencia suscitó y repartí repelente, incluso uno fabricado sobre la base de ferormonas, el cual resultó ser sumamente efectivo. Claro que antes, debí asegurarle – *incluso jurarle* - a Jorge que esa hormona, no atraía a las abejas y menos de noche.

Una vez llegados a Ituzaingó, el cansancio nos obligó a hospedarnos en el primer hotel, el cual era muy cerrado, sin ventilación o muy escasa, por lo que luego de bañarnos con agua tibia, la nube de vapor que se formó en la habitación, imposible de ventilar, nos obligó a auto evacuarnos.

Comparamos comida hecha – *empanadas de carne, pollo, jamón y queso, tarta pascualina y de postre, palta sazonada con abundante limón y sal* - y nos fuimos a saborearla, sentados cómodamente en una plaza cercana al hotel. Nos llamó la atención lo esmerado del cuidado puesto en ese espacio público. Sin duda que las plazas definen mejor que nada, la calidad de vida y de ciudadanía de sus habitantes y exponen ante su visitante, cual son sus valores esenciales y su identidad. En ese marco urbano, se expone ante el mundo como se resolvió el conflicto entre la ocupación del espacio libre, y el ejercicio responsable, de la libertad urbana.

La traza intencionada de sus callejuelas internas y su definición espacial, en consonancia y armonía con el patrón arquitectónico de los edificios que la enmarcaban, resultaron un agradable espectáculo para nuestros ojos, cansados de tanta ruta. Anchos veredones o senderos, bordeados por una alineación de árboles, terminaban en la estatua del General San Martín, de pie y con su capa al viento, custodiado por gruesas columnas que se alzaban en su parte posterior, como granaderos eternos en vigilia.



Estos verdaderos pulmones ambientales con su verde, aún en la noche de Ituzaingó, nos resultaban el icono perfecto de nuestra peregrinación, pues dan el soporte para que se produzca el contacto, la interacción y la comunicación. Y donde se satisfacen realmente las necesidades de sus habitantes.

Saciados de nuestro voraz apetito, gozamos del espectáculo sobre nuestras cabezas, el grandioso cielo correntino de muy escasa contaminación lumínica, con el núcleo de la Vía Láctea reinando

en todo su esplendor, en un remolino de estrellas, que nos hacía imaginar el sonido ancestral del universo, acompañando a la danza infinita de planetas y de estrellas.

Eso fomentó un sereno diálogo entre los tres, pues nos sentíamos más libres de tensiones y preocupaciones. Al que notaban que mejor le estaba haciendo esta peregrinación, desde el punto de vista espiritual y físico, coincidieron ambos que era a mí. Eso me alentó a expresarles algunas de las conclusiones de mis meditaciones:

- *Pienso que debemos aprender a escuchar lo que nos dice el otro. Aprender también a compartir de verdad, no solamente dando o solamente recibiendo. Y cuando damos, hacerlo sin esperar recompensa, pues si no, terminaríamos siendo más egoístas. Ser capaces de tratarnos con verdadero cariño, con tolerancia, creyendo en el otro y respetándolo, nos lleva a relacionarnos significativamente. Por eso creo que es sano que Jorge, no permita que lo tratemos mal y que nos exija respeto –dije, porque así lo sentía.*
- *Tan mal, no lo he tratado – se defendió Guillermo, sintiéndose tocado y ofendido por mis palabras.*
- *No dije eso, Guillermo. Pero creo que hay que controlar nuestros rasgos agresivos, buscando válvulas de escape para los sentimientos de violencia, sin necesidad de reprimirlos. Una discusión serena entre dos personas, suele ser la mejor manera de zanjar diferencias.*
- *¡Que ganas de irme a dormir! – se limitó a expresar Jorge, mientras bostezaba y se despatarraba cómodo en el banco de la plaza.*
- *Mira, Jorge – le objeté a su displicencia, poniéndome serio - Si té negas a tomar decisiones, si no expresas tu desaprobación o no asumís una postura ante nuestras críticas, estas eludiendo la responsabilidad de tus propias acciones y detrás de tu aspecto benévolo, lo que ocultas es el miedo al rechazo. ¿Por que no empezás hoy, a ser vos mismo?*
- *Mira, Carlos – respondió incorporándose como un rayo, indudablemente tocado por mis palabras – dame tiempo. Quizá si..., debiera ser mejor, pero yo tengo mi tiempo. Y hay un momento oportuno para cada acción. Después de todo, lo que es positivo en ciertas circunstancias, puede no serlo en otras*

Cuarto día en la ruta. Dejamos atrás Ituzaingó y nuestras ganas de visitar la represa de Itaipú, pues teníamos por delante el desafío de noventa kilómetros hasta la ciudad de Posadas, capital de

la Provincia de Misiones y la humedad de ese día, hacía aún más intolerable el calor litoraleño, por lo que decidimos partir temprano en la mañana.

Bajo la premisa de *“pedalear como viejos, para poder llegar como jóvenes”*, nos mantuvimos concentrados y en silencio, logrando una muy buena velocidad de cruce, razonable y pareja. Buscábamos aprovechar al máximo, el relativo frescor de la mañana, procurando lograr avanzar muchos kilómetros desde el inicio.

Los anteojos fotocromáticos para el sol, las cremas y pantallas bronceadoras y los repelentes químicos y hormonales de insectos; la provisión calculada de agua mineral fresca en nuestras cantimploras; las bicicletas todo terreno, de última generación, con tres cambios de platos y seis en los piñones, adaptadas con todos los implementos necesarios para viajar en la ruta y nuestra vestimenta especial para sobrellevar condiciones ambientales severas, nos convencieron que era la única forma lógica y segura de realizar esa peregrinación.

Un ruido rítmico de metales, chirriando como cuando hace mucho tiempo que la grasa o el aceite no pasan lubricando por los ejes, se escuchó cada vez más fuerte, por detrás de nosotros. Una desvencijada bicicleta, enseguida nos alcanzó, con su entusiasta ciclista – *no menos desvencijado que el viejo vehículo de tracción a sangre* – ansioso por entablar conversación.

- « *Güenas, Güenas, Güenas Chamigos... ¿pa' donde se están llendo tan rápido?* » – dijo con la característica tonada correntina y con una sonrisa, que le cruzaba la cara de oreja a oreja.
- *Vamos hacia las Cataratas* – le contestó Jorge, amablemente.
- « *¡Uy-uy-yu-uy-uuyyyyyy!... Van a tener que pedalear de lo lindo, toavía Chamigo* » - respondió Julián – *tal su nombre* – sorprendido ante nuestra pretensión de largo aliento.

Julián, era un muchacho de unos veinte años, que resultó ser un experto conocedor de la flora y fauna de Corrientes. Usaba una bombacha gris, pinzada en los tobillos para no engancharse con la cadena de la bicicleta; una faja india que le sujetaba la cintura; una camisa blanca, gastada de tanto uso; un pañuelo que alguna vez fue rojo, prendido al cuello, un sombrero de ala ancha y estaba calzado con unas viejas alpargatas, que dejaban respirar cómodamente a una larga fila de dedos.

A medida que nos mostraba la campiña al borde de la ruta, comprendimos que hasta ese momento, mirábamos el paisaje que bordeaba a la ruta, sin ver la infinidad de detalles que es capaz de distinguir el ojo experto.

- « *Ven ese árbol... es un alecrín, madera pesada y de color negro es la que tiene... aquel de allá, es un ambay... si, ese que mide como diez metros. Tiene que ver que buena que son las hojas del ambay guazú pa' curar el catarro e' los pulmones, pa' limpiárselo... aquel otro es un espina e' bañado, con las florcitas amarillas que tiene y los frutitos rojos... ese que ven allá, el de como treinta metros, es la grapia, lo han talao a lo loco por su madera... ese otro, con el tronco bien derecho, es el ibirá pitá... aquellos que están a la entrada de esa estancia, son lapachos... ese grandote, el de tronco enorme e' grueso, es un timbó...»*

Cuando llegamos a una laguna, nos obligó con su insistencia a entrar en la misma, bordeando su costa por un largo trecho, - *“el que no conoce las lagunas e' Corrientes, no conoce na'a de Corrientes”* - El ruido era ensordecedor, producido por miles de patos, con sus alas extendidas al sol; loros de mil colores, gritando desahogados en las puntas de los árboles; pequeñas garzas que

entraban y salían de sus nidos; garzas blancas, con sus cuellos largos bien alzados; vigilantes patos silvestres que alimentaban tiernamente a sus pichones, espátulas rosadas planeando suavemente cerca de sus colonias, formando un espectáculo audiovisual, digno de ser contemplado en la coronación de un Rey.

- « *Esa que ven allí, es una teyú, esa que ustedes llaman iguana... y aquella que esta prendida a ese árbol, es la boa curiyú...*» – dijo Julián, mientras a mi me recorría un escalofrío solemne por la columna vertebral, al descubrirme tan cerca de semejante serpiente y no haber sido capaz de detectarla antes.

De nuevo en la ruta, no dejábamos de alegrarnos y sorprendernos por las miles de cosas que nos mostraba Julián, devenido en espontáneo y muy experto guía turístico.

- *¿De dónde venís y adónde vas?* – le preguntó por fin Jorge
- « *Es que se vende el campo donde nació mi tata y eso, me lo va a terminar de matar al pobre, que ahora tiene medio cuerpo paralítico, chamigo. Yo estuve trabajando en Ituzaingó, cortando pasto, pa' conseguirme unos pesitos... porque los patrones no aparecen desde hace unos seis meses, más o menos... y ustedes saben, no pasa nada... pero ahora me enteré que van a vender y a lo mejor, se lo podría llegar a comprar, yo estaba pensando...*»
- *¿Y es un campo grande?* – preguntó Guillermo
- « *Siiii... Es grande y es muy porá (lindo)... es un campo de veintidós mil hetáreas y que tienen título. Está a unas seis leguas de Ituzaingó y a diecisiete de Posadas, con la entrada que la tiene empuesta sobre el asfalto. No se crean que es cualquier cosa. Figúrense que el casco e' la estancia, tiene arriba de los trescientos cincuenta metros cubiertos, con dos galerías, una al frente y otra pal costado, pal lado del poniente, que la usaban los patrones como garaje pa' los dos autos que tenían. La pucha que sí, que es linda, con esos techos de tejas, el contratecho e' madera, los pisos e' madera y las baldosas. Es un palacio créanme, que mi madre lo dejaba limpito y ordenado, todos los días aunque no estuviesen los patrones. Tiene un livin con chimenea, igualito al de las cintas del cinematógrafo, un comedor grande, bien grande como pa' reunirse todos, tres dormitorios pa' irse a dormir, y unos baños que dan gusto, chamigo*» – respondió Julián.
- *Y el campo, como campo ¿sirve?* – volvió a preguntar Guillermo.
- « *¡¿Que si sirve?! Le pode' meter ocho mil cabeza e' ganado, que van a tene' pasto e' sobra pa' comer. Pode' planta' arroz y así como está ahora, pode rega' fácil unas cuatro mil hetarea y si trae' el agua de la laguna, haciendo canale', llega' facil a rega' seis mil hetáreas. Y también pode' planta' , por lo meno' unas quince hetáreas con pino* »
- *¿Y vos crees que cortando pasto en Ituzaingó, la vas a poder comprar?* – le preguntó Jorge.
- « *Me gané veinte pesos, chamigo. Y mirá – dijo, sacando cuatro billetes de una lotería, envueltos con la estampita de la Virgen de Itatí y otra del Gauchito Gil – Esta semana escuché por la radio que se sortean tres millones del pozo... justo, justo lo que vale el campo... así que me fui y gané la plata pa' pode' jugar... con un poquito no ma' de ayuda, le doy la alegría al tata y a la mama, pa' que no se queden sin la casa, chamigo...*»

La angustia se apoderó de nuestras gargantas y no pudimos contestarle nada. El siguió pedaleando en su vieja bicicleta al lado nuestro y explicándonos como un guía insuperable. Sabía mostrarnos las bellezas de un paisaje natural que nos parecía, cada vez más, que estaba hecho a la medida de su pureza y voluntad... Luego, en un camino lateral se detuvo y nos dijo:

- « *¡Güeno, hasta aquí llegó mi amor...! Los tengo que dejar, porque aquí doblo, no' más, chamigo. Ñande Yará Guazú porá, tandéro basá (que el Dios grande y bueno los bendiga)*»

Jorge se frenó y puso su mano en un bolsillo de la campera, extrayendo veinte pesos que se los entregó a Julián: - *Por los excelentes servicios de guía turístico te los has ganado, y muy bien ganados* – le dijo, mientras el muchacho lo miraba atónito, como no dando crédito a sus ojos.

Le estrechamos la mano y seguimos pedaleando por nuestro largo camino. Hasta que nos perdimos definitivamente de vista, el chico seguía parado en el mismo lugar, saludándonos con una mano...

Pedaleamos y meditamos. Meditamos y pedaleamos. Pasamos el peaje sobre la ruta doce, a doscientos treinta y ocho kilómetros de Corrientes, el desvío en la Ruta Provincial 38 que nos hubiese llevado a unas Ruinas Jesuíticas de Corrientes, y los tres seguíamos pensando en la actitud del chico ante la vida, quizás porque nos veíamos parcialmente reflejados en él.

- *¿Qué reflexión te mereció Julián?* – me preguntó Guillermo
- *Me hizo recordar al General israelí Moshe Dayan, de la Guerra de los Seis Días, quien siempre decía que la persona que no cree en los milagros, no es una persona práctica... – contesté.*
- *A mí me hizo recordar a un tío, que siempre hablaba que la esperanza es un buen desayuno, pero una mala cena. Me parece que a los veintidós años, ese muchacho tendría que tener los pies sobre la tierra. Analizándolo desde un punto de vista estrictamente científico, su conducta es irracional* – agregó Guillermo.
- *A mí la ciencia, me importa un pito* – dijo Jorge – *porque la ciencia no se ocupa de los sueños ni de las pesadillas, no investiga que es el azar, ni porque se produce la carcajada, ni tampoco busca él porque somos incapaces de manejar nuestras emociones, ni porque existen las contradicciones. Y todas esas cosas, son las que para mí se ligan más profundamente al ser humano que ninguna otra...*
- *Ni un extremo, ni el otro* – dije, mientras traspasábamos el arco que da la bienvenida a la tierra colorada, ingresando a Misiones - *Comparen con nuestro viaje. Creo que hay que hacerlo con dos tercios de raciocinio y con un tercio de suerte. Si ponemos mucho de raciocinio, nos volvemos unos cobardes y no hacemos nada, pero si le ponemos mucho de azar, somos unos temerarios, que vaya a saber en que terminamos...*

Continuamos nuestro recorrido contemplando absortos el paisaje selvático, el cual nunca puede percibirse y gozarse tanto, como montado en una bicicleta. Comentábamos el origen del color rojizo de la tierra misionera y el contenido de hierro de la misma. Así, pronto dejamos atrás el control de la Policía Caminera y meditamos profundamente sobre el verde y el ser. Luego, a Jorge se le dio por recitar partes del *Romance Sonámbulo* de *Federico García Lórca* y entre todos, lo fuimos rearmando desde nuestras memorias:

*Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verde ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.*

*Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.*

Divisamos el Aeropuerto de Posadas, el cual personalmente conocía de antes y comenté a mis amigos lo que recordaba de él: Un aeropuerto moderno y con bríos de aeródromo internacional por muchas de sus particularidades, aunque resulten algo estrechas cuando se las compara con las monstruosas terminales aéreas de las grandes ciudades del mundo. Y por fin, la anhelada ciudad de Posadas.

Avanzamos por la ruta 12 hasta la primer rotonda y en ella, doblamos a la izquierda, por la Avenida Uruguay y seguimos derecho hasta la esquina de Avenida Maipú, simplemente porque creí intuir que era el camino que teníamos que seguir. Un diariero muy hospitalario, con su puesto de venta en esa intersección, ante nuestro requerimiento de sí conocía algún lugar para dormir, nos acompañó personalmente hasta la casa de Clotilde, la cual alquilaba habitaciones, tan solo a una media cuadra del lugar.

Clotilde era una delgada morocha, cuya edad debió girar alrededor de los setenta años; sus cabellos canosos estaban ocultos por un pañuelo azul con pequeños lunares blancos y su arrugada cara - *que debió ser muy hermosa cuando joven* – nos sonreía amistosamente, mostrando una larga fila de dientes que no estaban. Vestía una solera verde gris de una sola pieza, que llegaba hasta la mitad de sus piernas algo chuecas, mientras dejaba por arriba al descubierto, a unos robustos hombros y unos fornidos brazos, acostumbrados al trabajo pesado desde siempre. Su espalda jorobada la obligaba a elevar los negros ojos, para poder mirar de frente. Unas alpargatas que usaba como chancletas, aplastadas en su parte posterior y una escoba, a la que se prendía con sus huesudas manos como a un largo bastón, completaban el aspecto tragicómico de una medio bruja buena, que inspiraba sin embargo una dulzura maternal.

Con evidente orgullo nos mostró su casa, que se destacaba especialmente por su sencillez y la limpieza. Por un portón de metal de cuatro puertas, se ingresaba en la entrada a una especie de garaje, que se continuaba hacia el fondo con un enorme patio. A la izquierda, dos habitaciones grandes y un living comedor, cada una con su baño individual, constituían la casa principal.

Rápidamente decidimos que las bicicletas se quedaban aparcadas en el garaje, mientras nosotros nos ubicábamos cómodamente, en la espaciosa habitación de huéspedes. Luego, tomamos por asalto a una enorme mesa circular de madera, ubicada en el fondo del patio y debajo de una higuera, sentándonos “*despatarradamente*” a descansar, gozando de unas deliciosas latas de cervezas que Guillermo fue a comprar, y cuyo burbujeante y amarillento líquido, nos hacía cosquillas divertidas en la garganta con su reconfortante frío.

- *Muchachos, no sé si sigo con ustedes en el resto del viaje. Creo que no tiene demasiado sentido lo que estamos haciendo. Extraño la vida civilizada* – nos planteó de golpe sus dudas Jorge, cuando yo menos me lo esperaba.
- *Yo te entiendo Jorge, porque a mí me pasa igual. Creo que voy a desistir y te voy a acompañar de regreso a Buenos Aires...* – le respondió encima Guillermo, proporcionándome “la segunda puñalada por la espalda”
- *¿Quieren sopa paraguaya?* – dijo Clotilde, apareciéndose con una bandeja y tres platos rebosantes de comida, haciendo casi imposible contestarle con una negativa.
- *Pero esto no es sopa, es un pastel hecho con polenta* – protestó Jorge cuando la tuvo colocada frente a él.

- *La sopa paraguaya no es un plato liquido como se piensan ustedes los porteños. Este es un plato bien nuestro, que lo comemos todo el año y especialmente en los viernes de cuaresma – contestó muy orgullosa Clotilde.*
- *¿Y como la hacen? – preguntó intrigado Jorge, dudando si debía comerla.*
- *Se hace con harina de maíz molida, cebolla en rebanadas, queso, aceite, sal y huevos. Tenés que dorar en aceite la cebolla y le agregas la leche y la sal, cocinando hasta que te quede blanda y después, la dejás enfriar ¿Vas entendiendo?. A los huevos, los batís con aceite y se los agregás a la cebolla cocida con la leche. Después - en una cacerola - ponés la harina de maíz con el queso desmenuzado y le agregás la otra mezcla. Tenés que cocinarla en una asadera engrasada y meterla al horno, durante una hora más o menos. – respondió como una experta, Doña Clotilde, haciéndonos olvidar por un rato, del dialogo que manteníamos sobre el abandono de Jorge y de Guillermo.*

Comimos sopa paraguaya, cerveza, unos chorizos y más cerveza, hasta hartarnos, mientras desde una vieja radio en el living de Clotilde, se escuchaban los melódicos acordes de un chamamé cantado en guaraní, en el que no faltaban los penetrantes y agudos gritos de *Sapucay* (que quiere decir “grito salvaje”). Al final, el sueño los venció a Jorge y a Guillermo, por lo que se marcharon dormitando hasta a sus camas, sin siquiera desvestirse. Yo me quedé meditando preocupado, con la cabeza gacha, indeciso, sobre el anuncio que me dieron de terminar su viaje...

- *¿Por que tenés esa carucha de estar tan preocupado? ¿De que té estás echando la culpa? – me preguntó Clotilde, mientras recogía la mesa, por lo que tuve que contarle a ella todo, desde el principio, lo cual me alivió la angustia y me permitió ver bastante mejor las cosas.*
- *En realidad vos, estas más preocupado por vos, que por ellos. Sos vos ahora el que no sabe si tiene que seguir o no, hasta completar el viaje. Te voy a decir una sola cosa: cuándo hay que decidirse de verdad, hay que buscar adentro de uno el entusiasmo y la fuerza, pero saliendo de lo cómodo...¿entendés? - dijo Clotilde.*
- *Más o menos, creo que si... algo la entiendo... – le respondí.*
- *Te explico – prosiguió Clotilde – Cuando hay que decidirse, más o menos se te presentan siempre tres salidas. Una es la más fácil, en la que ni siquiera te movés y que suele ser la peor de todas; Otra, que es casi la misma y otra más, que parece y que es difícil, que da miedo porque nunca sabes como termina, pero que va a ser la que más satisfacciones te va a dar ¿entendés?...*
- *Creo que si... – le respondí, sorprendido de su psicología tan profunda.*
- *Te voy a contar lo que me paso a mí – prosiguió Clotilde – A los veintidós años ya tenía seis hijos y un marido al que solo le gustaba chupar y chupar. Me fajaba de la mañana a la noche y me di cuenta, que en poco tiempo me mataba. Yo era linda a esa edad y el, me quería cortar la cara. ¿Yo que podía hacer?¿Esperar que cambie? Lo vivía esperando, pero sabía que no iba a cambiar ¿Irme por un tiempito y después volver? Seguro que me mataba cuando volviese con él ¿Irme para siempre? Me daba mucho miedo vivir sola, no saber con que iba a mantener a mis hijos, pero si quería encontrar la paz y la felicidad, no la tenía que buscar en que la otra persona cambiara, sino que tenía que cambiar yo. Agarré mis hijos y me vine para*

Posadas y trabajé en la ruta, con los camioneros. Así hice plata para mantener a mis hijos y nadie se abuso de ellos, y yo salvé mi vida.

- *¿Era... usted, era... prosti...? – pregunté asombrado*
- *Si m' hijito. Pero nunca me sacaba el corpiño ni los besaba a los varones en la boca. Con la plata que pude ahorrar, compre este terrenito y luego, me junté con un gringo que le fui muy fiel y lo hice el hombre más feliz... El hizo esta casa y yo le ayudaba. Mis hijos lo llamaron papá y lo adoraban... pero después se me murió de un infarto. El gran amigo de mi marido era el diariero, Don Emilio, el que los trajo a ustedes hasta aquí...*

El sueño terminó por vencerme y marché hacia mi cama, no sin darle antes un beso agradecido en la frente a Clotilde. Jorge y Guillermo dormían profundamente; me dieron lastima y les saqué las zapatillas a cada uno. Roncaban en Do, en Fa, en Mi... yo apoyé mi cabeza en la almohada, me encomendé a Dios y me dormí, deseando tener fuerzas en la mañana, para seguir sólo hasta el final...

- *Le preparé un matecito amargo, m' hijo – escuché la voz de Clotilde, parada al lado de mi cama, mientras un rayo de sol me bañaba de lleno el rostro y con mayúscula sorpresa, comprobaba que mis amigos no estaban en sus respectivos lechos.*
- *¿Qué hora es? – pregunté desesperado.*
- *Las nueve – me respondió Jorge, entrando – Ya revisamos todas las bicicletas, inflamamos las gomas, te ajustamos el asiento que estaba flojo y estamos listos para seguir.*
- *Antes no hubiesen podido seguir, porque hay un piquete a la salida de Posadas y Don Jacinto, un viejo camarada comunista, es el único que los puede hacer pasar, pero no podía venir antes a buscarlos - agregó Clotilde.*

Quinto día en la ruta. Un piquete, obstruyendo la ruta a la salida de Posadas. La cantidad de gente impresiona y suma fuerzas a la verdad del pedido y a la justicia del reclamo. Una abrumadora presencia de hombres y mujeres desocupados, con sus hijos a cuestas, muestra lo profundo en lo social del reclamo. La quema de neumáticos y el espeso humo negro que suben hasta el cielo, parecen una señal que implora auxilio y logra concitar la atención hasta del más indiferente. Los bombos y tambores, marcando el ritmo de la bronca y el dolor, expresan lo que no alcanzan a decir las palabras y los cánticos. Algunos con los rostros cubiertos por pañuelos y pasamontañas, armados de largos y gruesos palos en sus manos, se los nota bien organizados y formados en hilera. Caravanas de autos, camiones, colectivos y todo tipo de transporte, quedaron parados en la ruta como obedientes prisioneros sin otra alternativa que esperar, con sus conductores sumidos en la angustia y silenciosamente resignados. Don Jacinto, pedaleando en la cabecera de nuestro pelotón, nos hizo pasar por un costado del piquete sin que nadie osase detenernos, hasta que – *gracias a él* - dejamos bien atrás a Posadas.

- *Nosotros le agradecemos mucho esta gentileza suya, Don Jacinto. Esa gente tiene razón en sus reclamos, sin dudas, pero cortando la ruta se convierten en matones y nos hacen victimas y rehenes de sus peticiones, mientras los causantes de sus problemas, casi ni se enteran. De victimas se transforman en victimarios... Usted calcule Don Jacinto, toda esa gente que esta parada en la ruta, salió a trabajar o a pasear, sin molestar a nadie. Y ahora se la perjudica*

de esta forma... no hay derecho - le dijo Guillermo, mientras Don Jacinto, alias "*el comunista*" lo miraba muy atento, por encima de sus lentes, mordisqueando tranquilo a su vieja y roída pipa.

- *Sabe lo que pasa mocito, la cosa es bien sencilla para el que la quiere entender. Con esta forma de pensar que tiene el mundo de ahora, si te quedaste sin trabajo, todos los que si conservan el laburo, te "ningunéan". Directamente no existís. Trabajo, luego existo. Pero cuando le cortas el movimiento al trabajo, cuando al empleado o al obrero no lo dejas llegar al trabajo o a la oficina, o le obstaculizas su merecido descanso, rindiendo menos en sus labores, entonces - recién entonces - el desocupado existe.* - dijo el viejo Don Jacinto, despidiéndose con su mano levantada, mientras se marchaba pedaleando imperturbable, en su vieja pero cuidada bicicleta, habiendo cumplido con lo que le prometió a Doña Clotilde, respecto de nosotros.

Con Babieca, la bicicleta de Guillermo, Rocinante, la de Jorge y Bucéfalo, la mía - pues así habíamos decidido bautizarlas -, nos sentíamos cabalgando sobre la pegajosa humedad, el agobiante calor y las ondulaciones interminables de la tierra colorada de Misiones.

Fue el día más caluroso del viaje y como etapa, la más larga que debimos recorrer. Las primeras horas de la mañana habían sido frescas, pero desde la media mañana, el calor en incremento progresivo, no descendió hasta bien entrada la noche. El gran calor estalló cerca del mediodía, con 40 grados a la sombra, aunque en el asfalto de la ruta, posiblemente superaba los sesenta.

Por lo general, nuestras paradas no superaban los quince a veinte minutos, pero en ese tórrido mediodía, tuvimos que detenernos mucho más, para reponer energías y aprovisionarnos de la vital agua mineral.

La hidratación durante ese día se tornó en algo sumamente prioritario y apelamos al ingenio, para mantenerla fresca. La capacidad de almacenar agua en cada bicicleta, la limitamos por el peso, a un máximo de tres a cinco litros. Teníamos porta caramañolas térmicas, a las cuales les agregamos termos de acero inoxidable, bastante pesados pero irrompibles en los inevitables golpes del camino. Los envolvimos en ropa mojada y los guardamos en las alforjas, junto a las botellas de agua mineral helada que compramos en cada parada. Cada tanto, un sabroso y rico helado conseguíamos comprar en improvisadas despensas a la vera del camino, constituyéndose en un manjar insuperable para nuestros castigados paladares, resecos y agrietados porque respirábamos cansados por la boca.

Apelamos al recurso de las detenciones breves y frecuentes, para reabastecernos de agua y cuando podíamos, nos mojábamos, refrescando sobre todo la cabeza; Es probable que en ese solo día, hayamos ingerido cada uno, por lo menos doce litros del líquido elemento. Para no deshidratarnos, también redujimos la velocidad de cruce y el esfuerzo a su mínima expresión, aumentando las horas en que debimos pedalear y pedalear. Hubiésemos querido transformarnos en camellos, almacenando el agua en nuestros cuerpos, pero siendo ello imposible, los imitamos recordando su andar pausado y muy tranquilo, desplazándose a través de los solitarios desiertos, sin derrochar su energía inútilmente.

En las zonas y días calurosos, la vida depende tanto de la capacidad de adaptación, como la de mantenerse cuidadosamente hidratado. Ser prudente, conocer la capacidad y limitación de nuestro

cuerpo, la resistencia de las bicicletas y haber estudiado minuciosamente la hoja de ruta, marca la diferencia entre la desesperación angustiante y la confianza serena en uno mismo. Como en la misma vida.

Desde el lugar privilegiado de la montura de una bicicleta, sin ningún vidrio ni parante que obstruya la visual, es fácil observar la adaptación de las personas, al medio ambiente que les ha tocado en suerte. En zonas calurosas como la rojiza tierra misionera, la ceremonia de la siesta es un rito muy sagrado, que fielmente se respeta a rajatabla, sobre todo en las horas más pesadas. Hay un silencio en esas siestas que se escucha, que se palpa, y que solo se rompe transmutado en el tímido piar de los acalorados pájaros o en el zumbar monótono del viento, sacudiendo a las temblorosas hojitas de los árboles. Las personas, se mueven llamativamente lentas para nuestra acostumbrada vertiginosa velocidad urbana y con sus vestimentas regionales - holgadas, con mangas largas, refrescantes - nos sorprenden divertidos, pues se mimetizan con los tonos del lugar.

Pedaleando y Pedaleando. Bebiendo agua mineral y pedaleando aún más. Parando y pedaleando de nuevo. Primero pasamos por Candelaria, donde está el Sarandí histórico bajo el cual descansó el General Manuel Belgrano, antes de su expedición al territorio paraguayo y luego, también dejamos atrás a Santa Ana, en el kilómetro cuarenta y dos de la calurosa ruta y con una curva en pendiente peligrosa, en inmediaciones del arroyo San Juan. Algunas arañas que cruzaban la ruta y una víbora, que nos ignoro absolutamente, fueron los peligros adicionales que nos agregaron el calor intenso, a la rutina habitual de nuestro viaje. Por fin, doblamos a la izquierda y recorrimos los dos mil quinientos metros que separan a San Ignacio de Ipaumbucú o Mini, de la ruta doce, a cincuenta y siete kilómetros de Posadas.

- *¡Que desilusión! Las ruinas de San Ignacio, solamente son unas viejas paredes de piedra y nada más... tanta propaganda que tienen y tanto esfuerzo que hicimos nosotros ¿para ver esto? Me parece que nos estafaron* - comenzó a protestar Jorge, mientras contemplábamos los escombros, por afuera del alambrado con el que están cercados.
- *Esa desilusión, se debe a que usted no puede ver mas allá de las piedras* - escuchamos decir a una voz masculina, detrás de nosotros.

Al girarnos, nos encontramos con un caballero de finos anteojos y negro pelo largo, peinado prolijamente para atrás, fumando en una pipa, con sus brazos cruzados sobre una impecable remera blanca y unos pantalones vaqueros, de color azul gastado. Unas sandalias franciscanas, completaban su aspecto prolijamente intelectual.

Resulto ser un arqueólogo porteño, Aníbal, de la zona de Vicente López, que hacia no más de un mes y medio, que se había instalado en la zona, en un pequeño hotel de San Ignacio, para completar estudios de su profesión. Cerramos las bocas y abrimos los oídos, agradeciendo al cielo ese encuentro tan casual (casualidad, suele ser el Dios de los ateos...)

- *Lo que pasó en San Ignacio y todo el imperio Jesuítico, fue el prelude de lo que ocurriría en la Argentina* - dijo Aníbal, encendiendo su preciada pipa - *En 1610 los jesuitas – reclutados entre los curas más inteligentes - comenzaron a construir las primeras reducciones, pero luego tuvieron que emigrar, pues debieron proteger a los indios de los bandeirantes negreros, quienes afortunadamente en la batalla de Mbororé en 1641, fueron definitivamente derrotados, lográndose a partir de ahí un periodo de estabilidad y paz, que*

los jesuitas aprovecharon para dignificar la vida de los indios, desde ellos mismos. Constituyeron un gobierno Civil y Eclesiástico, cuya autoridad máxima era el Cabildo, integrado por los caciques guaraníes, que a su vez, dependía del Gobierno de Buenos Aires, de la Real Audiencia de Charcas, del Virrey del Perú y del Rey de España...

Y siguió explicando. Construyeron ciudades completas con iglesias, escuelas, talleres, cementerios, fabricas, panaderías, carpinterías, herrerías, platerías; les enseñaron a cuidar el ganado y a cultivar la tierra, a recoger inteligentemente la miel de los panales, a tener casas y producción privada (el aba - mbae), pero también a producir para las viudas, los huérfanos y los enfermos (el tupa mbae). La administración honesta e inteligente de los Jesuitas, logró el apego y el corazón incondicional de los guaraníes. Pero en España, querían que las Indias Americanas mandaran sus productos como pago de los impuestos para llenar sus arcas y estos tercios curas, solamente le mandaban aquello que era justo. Encima en la Península Ibérica, veían muy mal que hubiese ¡indios! en el mismo Cabildo. Y los colonos no soportaban la competencia con los excelentes y baratos productos guaraníes. Así, Carlos tercero de España, con la excusa de que había que separar lo temporal de lo espiritual, los expulsó de América en 1768, reemplazándolos por sacerdotes mercedarios, dominicos y franciscanos que simplemente se limitaban a dar misas, y por administradores laicos, que parecían esforzarse por ser ignorantes y despilfarradores, como verdaderos ladrones del esfuerzo de los indios, logrando en poco tiempo la deserción casi total de los Guaraníes, que se volvieron a los montes. Luego, entre las epidemias de viruela y las invasiones paraguayas de 1817 y 1821, lograron que el monte avanzara sobre las escasas ruinas que quedaban..

Nos quedamos con la boca abierta al conocer la historia de semejante esfuerzo sobrehumano, oculto silenciosamente tras las piedras. Al expulsar a los jesuitas, aniquilaron para siempre un sueño de verdadero amor. El esfuerzo y la lucha honesta, sucumbieron ante el frío egoísmo. Como siempre.

Luego, las recorrimos acompañados del experto Aníbal. El esfuerzo de nuestro peregrinar, nos hizo hermanar en el tiempo con aquellos que también buscaron un mejor futuro para todos. Jorge, acariciaba emocionado las piedras de lo que aun queda del hermoso pórtico del templo – *nuestro Partenón argentino* -, de la antigua San Ignacio Mini y apenas si lograba contener las lagrimas. Nuestro viaje amenazaba convertirse en un recuerdo imborrable...

Cuando salimos, Aníbal se cruzó con una colega que nos presentó, Marisa, quien luego de enterarse de los pormenores de nuestro viaje y el encuentro con Aníbal, medio en broma y medio en serio, nos largó su personal opinión:

- *No le hagan mucho caso a este muchacho. Los Jesuitas, lo único que nos dejaron como legado, fue el dogma de la esclavitud por el trabajo del nativo y el dogma de que el patrón, es inviolable. Los mensú, esos trabajadores mensuales que los cargaban en camiones para llevarlos a trabajar en las plantaciones y muchas veces regresaban como cadáveres, flotando por el Paraná, eran el preanuncio del obrero descartable... Y su existencia, estuvo favorecida por la enseñanza católica de la sumisión obediente...*
- *¡Esta Marisa...! Es demasiado comunista, para mi gusto...Ojalá que a la Argentina la hubiesen dejado ser. Argentina debió crecer también desde aquí, pero estas ruinas no dejan de ser la historia de lo que pudo ser y no fue... - replicó Aníbal encogiéndose de hombros,*

mientras encendía por enésima vez su pipa.

En la ruta de Misiones nuevamente pedaleando, el camino ofrecía pendientes sumamente pronunciadas e interminables curvones. A los camiones con acoplados que circulaban cargados, les costaba trepar por las subidas y avanzaban lentamente, casi como si estuviesen parados, formándose largas caravanas, pero en las bajadas, eran bólidos imparables. Las amplias cunetas de la ruta doce, jugaban a nuestro favor en materia de seguridad.

Pedaleamos y pedaleamos. Localidad de Gobernador Roca. Meditación sobre el Verde. Localidad de Santo Pipo y unos sabrosos helados. Localidad de Hipólito Irigoyen. Meditación sobre el Ser. Al calor y a la ruta, poco a poco los íbamos venciendo. Las subidas y bajadas del camino, las sufríamos y gozábamos en nuestras piernas y pulmones. Cruzamos cientos de arroyos de aguas cristalinas, propios de los cursos de agua en las serranías, que eran calmos espejos en algunos trechos, y rápidas y cantarinas correderas, más adelante. Las plantaciones de té se extendían delicadas, cruzadas por surcos prolijamente paralelos. A los 85 kilómetros de Posadas, llegamos a la semi rotonda de la progresista Jardín América, que con los brazos abiertos nos recibió su imagen del Cristo Redentor, el cual por su color impresionaba hecho con la misma tierra colorada. El tanque de agua de la ciudad, parecía un carretel de hilo gigante, enterrado por uno de sus extremos y nos encantó la Plaza Colon, con su anfiteatro central – en el cual meditamos sobre el ser -, y las ocho calles de la ciudad, que se expanden desde ella, como las patas de una araña.

A pocos kilómetros se encontraba el desvío que lleva al Salto de Tabay de diez metros de altura, pero lamentablemente no contábamos con el tiempo suficiente para ir a verlo; en la cuneta de la intersección con ese desvío, un Ford Falcon impecable pero muy antiguo, se encontraba detenido, con la tapa levantada del motor y las balizas encendidas. Un obeso caballero, protestaba contra la ineficiencia de los mecánicos de autos.

- *¡Anda un rato y se para! ¡Otro rato y se vuelve a parar! ¡Otro rato y se para!* – maldecía, tirándose los pelos de la cabeza - *¡y nadie le encuentra la causa!*
- *¿Podemos ayudarlo? Destápeme la tapa del tanque de combustible, que yo tuve un Falcon modelo 65 igual a este* – le dije y cuando lo hizo, el sonido del aire succionado bruscamente hacia el interior, mientras el tanque crujía con ruidos de latón, me confirmó que se había formado una cámara de vacío, tal cual lo sospeché, seguramente porque el pequeño caño de ventilación del tanque de combustible, se había obstruido con algo.

Me tiré debajo del auto para buscar el pequeño e ignorado caño - por la mayoría de los mecánicos modernos -, en el interior del guardabarros posterior. Con una pequeña rama, desobstruí el tapón de barro desecado que pensaba, era la causa del problema. Pedí que le diera arranque:

- *¡Ahora es un violín como suena el motor!...Hace rato que no andaba así ¿pero que le hizo?* – preguntaba exaltado Osvaldo, feliz y aliviado al mismo tiempo.

Nos contó que el Falcon era un recuerdo de familia y que en su interior nació una noche - sin llegar a tiempo al hospital - su hija mayor, la cual ahora se casaba en Puerto Rico y quería que el auto nupcial fuese ese y no otro, para lo cual le había re – acondicionado, sin mayor éxito hasta ese momento.

- *Nuestro próximo destino es Puerto Rico* – respondimos, ante su pregunta de adonde nos dirigíamos. Quería que cargásemos las bicicletas en el baúl del auto y completáramos los cuarenta y cinco kilómetros que nos faltaban, acompañándolo. Nos negamos, excusándonos

que en solo dos horas arribaríamos.

- *Los espero* – se limitó a contestarnos y se despidió.

Seguimos pedaleando con mucho animo, aunque el cansancio comenzaba a notarse en nuestros rostros. La ruta estaba bordeada de inmensas reforestaciones de altos pinares, extensas plantaciones de yerba mate, de campos cubiertos con las grandes hojas del tabaco, de tung - un oleaginoso originario de Asia, que se adaptó a esta región y se usa para lustrar maderas - y de geométricos cultivos de té. Demasiadas cosas, reemplazando indiscriminadamente a la Selva Misionera.

- *Si este deterioro y reemplazo no se frena, vamos a terminar como Etiopía, Sudán o Somalia* – comentó serio y muy preocupado Guillermo.

Pasamos fugazmente por Capioví para recargarnos de bebida fresca y de algunos helados, sorprendiéndonos como una dinámica ciudad, habitada por descendientes - en su mayoría -de inmigrantes alemanes y suizos. No pudimos resistirnos a mirar unos instantes, el Salto de Capioví a escasos metros del casco urbano, el cual nos pareció que tenía algo similar a las cataratas del Iguazú, en miniatura.



Hacia las seis y media de la tarde, los carteles anunciaban que estábamos a un kilómetro tan solo, de la anhelada Puerto Rico. Esos anuncios, renovaron las fuerzas que nos empezaban a faltar y rápidamente adelantamos, hasta ver el arco de ingreso a la ciudad. Unos metros antes del arco, varios autos y un centenar de personas a ambos lados de la ruta, se encontraban expectantes y bulliciosos. Miramos hacia atrás para ver quien era el que llegaba, y no vimos a nadie. Comenzaron a sonar las bocinas y aplaudir cuando nos

acercábamos y con un ramo de flores inmenso y una rama de lapacho, nos esperaba Osvaldo.

A los abrazos, nos obligaron a bajar de las bicicletas y a subirnos, en la parte trasera de una camioneta. Nos vitoreaban como a héroes, mientras nosotros nos mirábamos e intercambiábamos sonrisas, por la tan insólita derivación de nuestro peregrinar. A lo largo del camino hasta la Avenida San Martín, calle principal de Puerto Rico, hasta la gente que no integraba el espontáneo “Comité de Bienvenida”, también nos saludaba, sin saber muy bien el porqué de nuestra presencia.

- *Ustedes se van a hospedar en mi hotel, chamigos* - dijo Osvaldo – *Estamos muy orgullosos que ustedes nos hayan elegido como a una de las paradas de su peregrinar, en la ruta del verde. Ahora se bañan y nosotros, le conseguimos ropa, como para que no falten a la fiesta del casamiento...*

Y así fue que esa noche nos llevaron hasta un club, bajo un tinglado enorme. El automóvil Falcon que conocimos en la ruta, ahora funcionaba a la perfección. Llegó transportando a los recién casados, con la novia deslumbrante y feliz, al haber concretado su sueño, tal como ella lo quería.

Nos presentaron a todos y a todas, casi como si fuésemos unos héroes, y nosotros les seguimos divertidos la corriente. Osvaldo le contaba a todos, que gracias a nuestra intervención, pudo llegar a Puerto Rico con el Falcon que tanto quería su hija tener en el casamiento.

Como en toda fiesta de casamiento, se comía, se bailaba, se celebraba y había mucha música. Cuando comenzaron a sonar los primeros acordes, parecía que nuestros cuerpos y almas - a pesar del cansancio del camino -, se nos querían escapar a bailotear. La música de los acordeones poblaba la noche misionera con sus acordes de polcas y de chamamés, poniéndole un fabuloso tono festivo. La música logró romper el hielo que separaban a la “suizo-alemana” familia del novio, de la “bochinchera y misionera” familia de la novia, poniéndolos a saltar, brincar y cabriolear, sin ninguna diferencia. Bailaba hasta el viudo, que olvidándose de su artrosis y de los cayos en sus pies, le sacaba chispas al piso con el zapateo que magistralmente ejecutaba. Ya entrada la noche, la fiesta estaba en su apogeo. Las parejas levantaban polvaredas, bailando en el piso de tierra de una de las pistas.

- *Nosotros en Misiones, destapamos la damajuana cuando llega un amigo. En cambio allá en Buenos Aires, solo te convidan con mate, chamigo* – nos decía Osvaldo - *¿por qué son tan amarretes?*
- *Las fiestas de casorio me persiguen...* – se limitó a contestarle Jorge, cayéndose dormido sobre su pecho, a la una de la mañana, luego de varias cervezas.

Me entretuve mirando al novio y como sonreía forzado, ante los chistes del tío de la novia, medio borracho y como los quería alejar a los “buitres”, que salieron a bailar el vals de los novios, pegándose a ella mucho más de lo que él lo hizo...

Lo ultimo que recuerdo, es que eran las tres y media de la mañana y estaba en mi cama del hotel. ¿Cómo llegué? Aún lo ignoro...

El día siguiente nos encontró dormidos a las tres y media de la tarde. Imposible re - iniciar el viaje a esa hora, pero como el día anterior habíamos recorrido el doble de lo programado para cada jornada, podíamos quedarnos descansando.

Recorrimos Puerto Rico y comprobamos que era una ciudad muy calurosa pero hermosa; un precioso lugar para vivir, por sus encantos y su carisma tan especial, por su gente y sus paisajes, que realmente se la extraña cuando se la conoce. Cuando alguien nos dice que Puerto Rico es la ciudad más linda del país, tiene mucho de razón.

Su costanera es un hermoso lugar, amada por los lugareños.

- *Puerto Rico es un pequeño retazo de la hermosa tierra colorada, que brilla con luz propia en la espesura del monte misionero. Tienen que venir en primavera, cuando este lugar se viste de un colorido multicolor, con sus lapachos en flor y se convierte en la ciudad más bonita de la provincia* – nos decía un amigo de Osvaldo que nos llevó al río a pescar, mientras compartíamos unos mates y nos convidaba con “*chipitas*” frescas de almidón.

Séptimo día en la ruta. Faltaban doscientos cuatro kilómetros hasta nuestro destino, cuando iniciamos - a las siete de la mañana -, nuestra espiritual y terrestre travesía. Habíamos repasado la

tornillería global de nuestras bicicletas y rápidamente, se calmó nuestra ansiedad de las partidas, al observar que todo marchaba “sobre ruedas”.

A la altura de Garuhapé, abrí la libreta de Don Triángulo y les mostré el “embeleso del verde”, produciendo una frustrante preocupación, ya que ninguno de nosotros la entendió con profundidad.

- *¿Cómo sabía Osvaldo que estábamos haciendo la ruta del verde?* – preguntó Jorge intrigado.
- *Y ...seguro que se entero por alguno de nosotros, que se lo debe haber dicho...* - contesté, mirándolos para observar sus reacciones.
- *Yo no se lo dije a nadie* – respondió Guillermo, dejándonos a todos con los ojos y la boca abierta.
- *¿Habrá sido casualidad entonces, todo lo que nos pasó hasta ahora en este viaje?* – dije, pues era hora de plantear una reflexión mientras pedaleábamos.
- *Toda causa tiene su efecto y cada efecto, su causa. Esa, es una ley inmutable* – respondió Guillermo – *Pero hablamos de casualidad, cuando esa concatenación de acontecimientos es espontánea, sin una inteligencia que las produzca voluntariamente. Como sucede con el tiempo. Lluve o hay sol, por una serie infinita de causas y efectos, que van más allá del conocimiento actual de los meteorólogos, pero no hay un Dios ni un hombre que los estén manejando.*
- *Con lo que decís, Guillermo, afirmas que el universo es un hecho continuo y sin rupturas, que no podría haber sido de otra forma de lo que ahora es* – respondí- *Estas negando, nada menos que la libertad del hombre. La libertad del hombre, escapa a la ley de la causa y el efecto, sino, no es libertad. Y en los hechos que son cruciales en la vida de un ser humano, el hombre siempre elige.*
- *Pero Carlos, esa supuesta elección que vos decís, también esta condicionada por factores conscientes e inconscientes* – contestó Guillermo – *El hombre cree que esta eligiendo, pero no puede escapar a la Ley de causa efecto, tanto si elige como si no elige, pues hay toda una cadena de causas que lo llevan a elegir lo que elige.*
- *Es cierto lo que decís respecto a causa y efecto, para los hechos habituales de elección, como decidirme comer verduras o azúcares, lo cual puede depender de mis conocimientos previos* – respondí – *pero no, para cuando hay que decidir entre hacer un acto bueno o hacer un acto malo. Elegir el bien o el mal, depende del libre albedrío de cada persona en particular, para cada hecho que en el fondo, ofrezca esas dos opciones.*
- *¿Existen el bien y el mal? En mi parecer, no* – opinó Guillermo – *La verdad absoluta, no existe. Todo es relativo y supeditado a cómo se lo mire, o sea, lo bueno y lo malo es, según como se me ocurra calificarlo.*
- *En primer lugar Guillermo, tus mismas palabras carecen de lógica* – respondí – *ya que necesitas expresar una verdad absoluta para negar que la verdad absoluta existe.*

- *Yo me hago un lío bárbaro con lo que están hablando – dijo Jorge – y se me confunden las palabras. Pero cada uno nace con la herencia de sus genes y después, viene el medio ambiente que te influye y mucho, con lo cual uno no puede escapar del libreto que te fijan cuando venís al mundo. Y además, esta lo que Dios quiere que te pase y la energía mental de otras personas, que también influyen. En este viaje peregrino, me parece que algo superior, hace que nos pasen cosas que nos ayudan a ser mejores...*



En Montecarlo, nos topamos con un puente curvo al final de una pendiente pronunciada, sobre el arroyo Piray Guazú.

Veíamos a lo lejos, varios caballos sueltos pastando al costado de la ruta, cuando un auto rojo mediano nos pasó a muy alta velocidad, haciéndonos tambalear por el fuerte viento que su paso levantó. Y a su vez, haciendo sonar estrepitosamente su bocina, intentó sobrepasar a un camión cargado con ladrillos que intentaba frenar, pues otro que le precedía, se encontraba

disminuyendo peligrosamente la velocidad. Uno de los equinos se asustó y salió al galope, disparado hacia el medio de la ruta... el estrépito del impacto, retumbó en el campo abierto, mientras el caballo embutido en el vehículo rojo, como una inmensa bola de chapas y carne de caballo, se desplazaba dando tumbos y tumbos hacia la banquina, como transformado en un tétrico y metálico ataúd y cadáver, al mismo tiempo.

El camión cargado con ladrillos, impactó de atrás al que lo precedía y su conductor desesperado, volanteó hacia el centro de la ruta, chocando de frente con un tercero, que circulaba en sentido contrario, cayendo también a la banquina. El tercer camión, quedó atravesado en la ruta y fue embestido desde atrás por un cuarto, cargado con garrafas, que comenzó a incendiarse, y luego también, por varios autos.

Los conductores manejaban ese día – *más que en otros* - a muy altas velocidades y sin respetar la distancia mínima de seguridad. El resultado fue dantesco. Un extenso tramo de la ruta quedó cubierto de coches encajados entre camiones, chapas retorcidas, cuerpos sin vida y vehículos ardiendo. Al rato, un colectivo perdió el control al intentar no chocar con otro camión, el cual se había detenido sobre la ruta para ayudar y atropelló a la hilera de autos ya chocados, apilándolos a unos sobre otros.

Tres hombres murieron y otras doce personas, resultaron con heridas graves en ese espantoso accidente carretero, que involucró a cuatro camiones y diez autos... Y nosotros, como mudos e impotentes testigos de un itinerario que es conocido como la ruta de la muerte, donde se mezclan vehículos muy lentos y otros muy veloces, con animales sueltos y trazados azarosos de la ruta.

Un cuerpo, inconsciente, quedó tirado en el lugar. Me acerqué y comprobé que respiraba apenas y que su pulso, era imperceptible. Se trataba de un muchacho de unos veinte y “pico” de años.

Comenzó a boquear, tratando desesperadamente que le entrara algo de aire, pero rápidamente se agotó. No dude en comenzar las maniobras de resucitación cardio – pulmonar, mientras Jorge y Guillermo simplemente me miraban desde sus bicicletas. A medida que pasaban los minutos, masajear el pecho e introducir aire en los pulmones yo solo, me agotaba.

- *Guillermo ayúdame, yo te enseño* – le dije, y así lo hizo, aprendiendo rápidamente a dar masaje cardíaco, mientras cada cinco compresiones, yo le administraba aire por la boca con la mía.
- *No deje que se muera, por favor..., por la madre de él se los pido* – escuchamos a una voz, que resulto ser del chofer de uno de los camiones tumbados en la banquina, que había quedado oculto por el pasto. Jorge se acercó y le dio agua, confortándolo.

Como a la media hora se escucharon las sirenas y llegaron las ambulancias, los bomberos y la policía, trasladando entre otros, a los dos hombres que habíamos atendido. Un veterano policía se nos acercó para agradecernos:

- *El animal tenía una seña, así que al patrón lo vamos a encontrar seguro. Estamos cansados de hacer patrullajes y cuando encontramos caballos o vacas sueltas, los llevamos hasta el corralón municipal y les cobramos multa a sus dueños. El problema es que los alambrados muchas veces faltan o están caídos y cuando los pastos están secos por el calor, los pobres bichos se vienen para la ruta buscando agua y comida.*

Guillermo permanecía sentado en el suelo, agarrándose la cabeza. No podía entender como la vida de otra persona, pasó a depender enteramente de sus maniobras de primeros auxilios y eso, lo tenía algo “*shoqueado*” emocionalmente. Luego de un rato, sin embargo, se repuso y entre los tres, nos abrazamos, mientras algunas lágrimas rodaban azoradas, por nuestros concentrados rostros.

Juntamos fuerzas, respiramos hondo y al rato seguimos pedaleando, tratando de olvidar lo amargo de esos momentos vividos - *como si acaso pudiésemos* -, degustando los ondulados caminos misioneros desde la visión privilegiada del paisaje que se obtiene, sentados en el palco especial de nuestras exigidas bicicletas, prebenda que ningún otro medio de transporte podría jamás darnos. Nos sentíamos cada día más apasionados por la magia del cicloturismo, al hacernos vivir nuestro viaje diario, integrados totalmente al ambiente natural de esa Provincia.

Gráciles y ágiles, inmensas y pequeñas, como diminutos puntos de colores que se alzan centelleantes y cambiantes, revoloteaban lentas y alegres una infinita cantidad de mariposas, dentro de las cuales, unas bellísimas, de intenso color Azul Prusia, metálico, parecían exclusivas de ese fascinante y asombroso lugar.

A nuestros lados, los altos árboles intentaban desprenderse de las viscosas y pegajosas enredaderas, mientras las flores les saltaban encima sin pudor. La tierra madre de todos estos prolíficos vegetales, que armoniosamente combinados entre si conformaban un entramado multicolor, se mostraba desnuda cada tanto en largos y sinuosos cordones “al rojo vivo”, cuando en los caminos y senderos trazados por el hombre, él transito frenaba e impedía la vital y desbordada fecundidad que la animaba, mostrando la tierra colorada de Misiones.

A escasos cinco kilómetros de Eldorado, llamada la "Capital del Trabajo" por su forma de crecimiento a partir de los primeros colonos, en una de las tantas subidas muy empinadas del

camino, a Jorge se le corto súbitamente la cadena de su bicicleta, quedando la misma reducida - según la expresión gráfica de Guillermo - a un vulgar e inútil "changuito" de supermercado. Nos fuimos turnando en empujarlo y arrastrarlo a Jorge, quien trataba de usarla como a las primeras bicicletas del siglo XVIII, propulsándose con sus piernas estiradas.

Ingresamos bien adentro en la ciudad por la Avenida San Martín - la ciudad más larga del mundo, por haber crecido alrededor de esa arteria a lo largo de catorce kilómetros -, deteniéndonos recién en la Plaza San Martín, cerca del centro de la ciudad, donde recargamos fuerzas, alimentos y bebidas, además de meditar sobre el ser y sobre el verde.

Jorge divisó un cartel diminuto a una cuadra y media de distancia y caminando, al lado de nuestros exigidos vehículos, nos acercamos. Efectivamente, se trataba de una bicicletería.

Un hombre rubio, alto y corpulento, de barba corta y prolijamente cortada, con ojos tan azules como el cielo misionero, llamado Osvaldo, estaba sentado en la puerta - de la Bicicletería "Osvaldo", tomando mate y sonriendo, mientras nos observaba acercarnos.

- *Dejen por ahí no más, las bicicletas que después, las vemos. Compartan conmigo uno de estos mates y relájense bien tranquilos que tienen cara de cansados. Aparte, esta noche va a llover y van a tener que quedarse* - dijo, mostrándonos un viejo mate. Aceptamos muy gustosos, pues nos sentimos rápidamente en confianza y comenzamos a charlar de todo, mientras el mate pasaba de mano en mano.
- *Que rico que esta el mate* - dijo Jorge, a lo cual Osvaldo le respondió:
- *Pasa que ustedes los porteños, no saben tomar mate. Para el misionero en cambio, el mate es una ceremonia. Por empezar, el agua no les tiene que hervir y el momento exacto para sacar la pava del fuego, es cuando en el agua aparece la sombra de un hilo blanco, flotando. Nunca hay que fiarse de las pavas, pues muchas recién chiflan cuando el agua ya hirvió. La yerba hay que ponerla al costado, golpeando el mate para que el polvo no tape la bombilla y no le de mal sabor. La bombilla, hay que ponerla del otro lado, echando el agua sobre ella para que no se lave muy rápido y tapándola con un dedo.*
- *No se crea que a esas cosas, no las tenemos en cuenta* - le replico Guillermo, guiñándole un ojo.
- *Pero en Buenos Aires, a ustedes les venden la yerba con palos, porque si no, se les tapa y se les hace un engrudo... y encima, ustedes no saben hacer hablar al mate.* - respondió Osvaldo, mientras le pasaba uno.
- *¿Hablar con el mate?* - pregunte, riéndome de su expresión.
- *Efectivamente* - dijo Osvaldo - *Si ustedes se pasean por el litoral, tienen que saber que si al mate se lo ofrecen con limón o con la bombilla tapada, le están expresando disgusto. Si se lo dan amargo, es que llegaron muy tarde a ese lugar y si esta vacío, que todo se terminó. Si se lo pasan frío o con la mano izquierda, es indiferencia o desprecio y si muy largo o de muy lejos, que eres una visita molesta.*
- *¡Increíble...! no se me había ocurrido* - le contesté, ansioso para que nos contara más...
- *Y hay mucho más. Si le meten café, es que están pensando en perdonarlo, por ejemplo una novia al novio. Si le meten toronjil, es que se solidarizan con tu problema. Con azúcar quemada, les expresan simpatía, con naranja, que puede pasar a buscarla y con canela, que piensa en usted.*
- *Muchas gracias* - dijo Guillermo, devolviéndole el mate.
- *Buen provecho, ¿entonces ya no le sirvo ninguno más?* - contesto Osvaldo, riéndose a

carcajadas - *Solamente se dice gracias, cuando uno ya no quiere más, en el último. Si te sirven un mate atrás de otro, es que están cansado de vos, si te lo pasan con la bombilla para atrás, es que te desprecian y si te la mueven para atrás al servirlo, es que te provocan.*

- *Pero así, habla solamente el que ceba el mate - le respondí.*
- *No, que va, usted también puede hablarle - me replicó - si usted lo hace roncar es como un insulto, como una grosería y si chupetea la bombilla, le está diciendo que está loco de amor por ella. Y le digo más, vuelva a ese lugar de visita muy seguro y tranquilo, cuando le den el mate del estribo, que es la mayor de las cortesías que podrán hacerle...*
- *Yo creía que solamente el idioma guaraní, era lo que no conocía del Litoral - comentó sorprendido.*
- *Si, claro que se habla con el mate por estos lados. A la que fue mi mujer, los días de lluvia yo le llevaba el mate a la cama, agregándole canela y con unas tortas fritas. Le llevaba todo el equipo en una bandeja y se la adornaba con muchas flores.- dijo Osvaldo, con mucha nostalgia y tristeza en sus ojos.*

Le contamos de nuestro viaje y de sus objetivos para nuestras vidas, lo cual escucho con suma atención y luego, nos hizo muchas preguntas. Luego reviso la cadena rota y nos hizo notar que en otros tres puntos, estaba por romperse y que lo más lógico, era ponerle una cadena nueva. Así lo hizo y además, las aceito a las tres bicicletas, ajusto tornillos, tuercas, mejoro frenos, alineo manubrios, le dio aire a las cubiertas y reviso todo.

- *¿Y adonde van a ir a dormir? - nos preguntó, mientras los truenos y los relámpagos, sacudían la bóveda celeste de Misiones en pleno anochecer - Aquí arriba tengo dos piezas, por si les interesa...*

Nos quedamos y entonces conocimos a un muchacho, Néstor, el cual dormía en otra pieza, en el piso superior. Nos contó que Osvaldo había sido cura y que abandono los hábitos, para casarse con una mujer casada, la cual tenía tres hijos. Se escapó con ella y se casó, pero a los dos años, ella se suicidó y él, no tenía consuelo, hasta que poco a poco, orando y luchando contra si mismo y sus negras depresiones, resurgió, instalando la bicicletería en la casa que fuera de sus padres. Néstor, era el menor de los tres hijos de la mujer suicida, que Osvaldo consiguió que fuese a vivir con él...

Esa noche los truenos sacudían la casa y los relámpagos, iluminaban con figuras fantasmales a mi oscura habitación. Cerraba los ojos y recordaba las imágenes del accidente, ocurrido cerca de Montecarlo, con el caótico campo de batalla en que se convirtió el lugar, con los patéticos acordeones en los que se transformaron los autos, con los bomberos luchando por apagar los focos de incendio, con el sonido horripilante de las frenadas seguidas de choques, con las ruedas sueltas cruzando la ruta y con el olor acre del fuego, consumiendo plásticos, aceites, gomas y cuerpos humanos; abría los ojos y entonces, sentía una profunda lastima por Osvaldo, pues intuía que debía sufrir mucho en su tortuosa vida...

Dormí y soñé. No recuerdo que fue lo que soñé. Pero dormí y soñé profundamente. A las cinco de la mañana me encontraba despierto, y lo mismo escuché que sucedía con Jorge.

- *Faltan solo cien kilómetros a las Cataratas - me dijo Jorge en voz baja y con mucha tristeza.*
- *Si... posiblemente hoy, se termine nuestro peregrinar y antes de lo previsto. Pensábamos hacer el trayecto en diez días, pero lo hicimos en ocho. Pero llegaremos a Iguazú esta noche -*

si Dios quiere - y recién mañana, nos dirigiremos a las Cataratas - le respondí y eso, en algo lo tranquilizo. Comprendí, que en el fondo lo angustiaba terminar con el viaje y tener que retornar a su vida diaria, por lo que trate de explicarle que el peregrinar no era un fin en sí mismo, sino que era un medio.

Cuando a las seis y media bajamos los tres a la planta baja, dispuestos a partir, nos encontramos con Osvaldo, vestido de ciclista, con un buzo verde y su casco, metamorfoseado al color verde, gracias a las múltiples tiras de cinta aisladora de ese color, que le había prolijamente adherido. Estaba inflando manualmente su bicicleta de carrera y cuando terminó, se dio vuelta y nos dijo:

- *Muchachos, si ustedes me lo permiten... yo los acompaño hasta el final de la Ruta del Verde. Tengo que tomar una decisión y no logro hacerlo... Más adelante, veré si puedo realizar todos los caminos del Walicho Arco Iris, pero por ahora, necesito sumarme a ustedes y compartir en algo, el ejercicio espiritual que están haciendo. Lo necesito mucho... ¿Puede ser posible?*

Jorge y Guillermo me dirigieron sus miradas, para ver que opinaba y que en definitiva, tomara la decisión. Por mi mente, se cruzó una frase de los Evangelios y con ella respondí:

- *“Al que te pida, dale...” Bienvenido a la Ruta del Verde, Osvaldo* - y entre todos, nos estrechamos fuertemente de las manos, levantadas por encima de nuestras cabezas.

Octavo día en la Ruta. El paisaje de la ruta, luego de la torrencial lluvia de la noche anterior, parecía haberse incrementado en la magnificencia de sus brillos y contrastes, con un cielo tan intensamente azul, que invitaba a llenarnos de aire los pulmones; con el profundo rojo de la tierra, que nos hacía preguntar sí acaso en el planeta Marte, el escenario se vería muy distinto y con el alegre verde de la tupida y espesa selva misionera, que nos hipnotizaba con su milenario misterio.

Aguaviento, diluvios, borrascas y tormentas. Arroyos, riachos y torrentes. El fluido acuoso que nutre como sangre al formidable cuerpo de la selva, cae y corre como afluente hacia los grandes ríos, para luego remontarse renovado hacia los cielos, en un eterno ciclo de vida que se impone y resiste, ante el avance mercantil de los hombres.

A poco de pasar Victoria, a siete kilómetros de la partida, en un amplio yerbal de cultivo, nos cruzamos con “tareferos”, unos fatigados peones “cosecheros”, encargados de recoger la yerba mate haciendo la “quiebra”, en la cual separaban las ramas más gruesas y el “viruteo”, en la que separaban las hojas aisladas, colocándolas sobre las “ponchadas”, unas grandes telas de arpillera que atadas por los cuatro costados, forman los “raídos” de yerba mate, que luego cargaban en viejos camiones para el traslado. Al instante, reconocieron animados y alegres al “padre Osvaldo” y nos convidaron a todos – casi obligadamente - con la espirituosa infusión, seleccionada de entre las mejores hojas que ellos mismos cultivaban. La diferencia con cualquier otro mate, nos pareció abismal.

Pasamos el cruce de la Ruta Provincial Número 18 y por fin, llegamos al acceso a Esperanza, decidiendo entrar para aprovisionarnos. Eran las nueve y media de la mañana de un hermoso y agradable sábado, cuando en rigurosa fila india, ingresamos pedaleando al poblado.

- *Los lapacheros son todos unos giles. Ahora... ¿qué se creen esos del I.N.S.I? Si... estuvieron curreando en La Casona, el sábado. Son todos unos giles, los de ese colegio... ahora, también se ponen conchetos* – comenzó a gritarnos un joven de quince o dieciséis años que no podía

mantenerse en pie y con una amenazante botella de cerveza en su mano, lo cual nos obligó a acelerar – *los vamo' a caga' a palo en la plaza el sábado, o en La Casona...*

- *¡Que perdida que esta la juventud, hoy en día!* – fue el lapidario comentario de Osvaldo, cuando ya nos habíamos alejado lo suficiente como para no correr peligros - *¿Qué será de la sociedad, cuando sean ellos, la generación que tome el control?*
- *Siempre se dijo lo mismo a lo largo de la historia* – le replicó Jorge – *y siempre la humanidad se mantuvo...No pasa nada, Osvaldo, no dramaticemos...*
- *No Jorge, es cierto lo que dice Osvaldo* – intervino Guillermo - *La generación actual tiene un grado muy deplorable de formación profesional y técnica, a pesar de tener todos los medios a su alcance. Pero son muy pocos los que se esfuerzan. Les interesa más el baile, el alcohol, la droga o el sexo, antes que estudiar. Quizás sea porque para vivir en el mundo actual, no se necesita demasiado conocimiento y además, creo que desde los centros del poder, les interesa que haya gente así, fácilmente dominable por su ignorancia.*
- *En muchos casos, estos muchachos están soportando el dolor de sentirse solos, aislados, desconectados, rechazados o simplemente olvidados por todos. Detrás de estas conductas inadaptadas, muchas veces esta el grito desgarrado del “préstame atención”. Y mientras siga abierta la grieta del dolor, la ira y el enojo, estos niños preferirán que les presten atención la policía, los abogados, las asistentes sociales, los jueces y hasta sus propias víctimas, antes que sentirse ignorados* - dije.
- *Perdónenme* - contestó Osvaldo - *pero la adicción a las drogas y al alcohol, las expulsiones, suspensiones y escapadas de la escuela, la oposición a cualquier autoridad, las familias destruidas, el integrarse a patotas violentas, la fascinación por el suicidio, nunca alcanzaron los niveles actuales. Creo que la inmadurez social y emocional, el enojo sin motivo, la ira ante la menor frustración y el resentimiento, han llevado a que estos niños y adolescentes, sientan que toda la sociedad está en deuda para con ellos. Se les enseñó que tienen derechos, pero no, que también tienen obligaciones y ese, es el cáncer que los ha corrompido.*
- *Si se quiere arreglar todo esto* – dijo Jorge – *habría que cambiar algunas cosas. La disciplina que impone el padre debería ser firme y justa y la madre, debería conocer siempre dónde están sus hijos y pasar mucho más tiempo con ellos. Los niños, necesitarían ver más seguidas demostraciones de cariño entre sus padres y que les den a ellos también, mucho cariño físicamente.*

Fue fugaz nuestra recorrida por Esperanza, aunque la tranquilidad del lugar y la calidez de sus habitantes, nos hizo rápidamente olvidar del amenazante “comité de bienvenida” y seguimos en paz con nuestro verde itinerario. Cuando la ruta Nacional Nro. 12 marcaba el kilómetro 1592, tomamos el acceso a Wanda. Todavía era temprano y nos encontrábamos a solo cincuenta kilómetros, de la ciudad de Puerto Iguazú.

Teníamos previsto ingresar a las minas de Wanda, ya que integraba el recorrido de la Ruta del Verde y planeábamos una sesión de meditación suficientemente prolongada. Avanzamos por un camino abierto en plena selva, con la guía experimentada de Osvaldo:

- *A esta parte de la selva se la llama "Selva Iripé" y esta sembrada de elegantes pinos que como ven, se balancean danzando con el viento, de Araucarias esbeltas, de Eucaliptus erguidos en su tronco delicado y suave, de Timbó con frutos negros en forma de orejas, de extensas plantaciones de Kiri, el árbol emperatriz de las hermosas flores y que crece muy rápido y con esos otros, que son los pinos Elliotis* – nos comentaba entusiasmado como un

chico – *Acá vinimos varias veces con mi mujer... el campo donde están las minas, es privado y pertenece a la familia Enevelio. Esto, era todo monte en 1942 y en el 44, se descubrió la mina por casualidad. A una mujer que lavaba ropa en un pequeño arroyo, se le cayó el jabón dentro de un hueco y al introducir el brazo, se cortó con algo filoso. Creyendo que era un vidrio y que en otra oportunidad podían pisarlo, desviaron el arroyo y descubrieron las piedras preciosas.*

- *Tendrán mucha fama internacional, pero que aspecto precario tienen y que chica que es... –* dijo Jorge cuando llegamos, sorprendido por la pequeñez del lugar.
- *Es un poco misterioso el origen y producción de estas piedras, pero es un lindo paseo... ¿no estarán “puestas” para los turistas, estas piedras semipreciosas? –* dijo Guillermo, provocando una carcajada entre nosotros.
- *¡De ninguna manera!* – exclamó Osvaldo, algo ofendido como si las minas fuesen de él – *Estos son yacimientos y canteras a cielo abierto de piedras semipreciosas, los cuarzos, las ágatas, amatistas y los cristales de roca, de gran belleza natural que permiten admirar la obra de millones y millones de años atrás. Vengan, vamos a hablar con uno de los guías...*
- *Con estas minas pasa igual que con las personas –* nos dijo el guía Alfonso, que también resulto ser conocido y amigo de Osvaldo - *muchos las juzgan por la apariencia externa y así, se pierden los verdaderos valores que tienen por dentro.*

Nos explicó con lujo de detalles, como hicieron las excavaciones y como fue el origen geológico de cada una de las piedras semipreciosas. Que primero sacaron un promedio de cinco metros de tierra colorada, encontrándose con la primer capa de *basalto*, una roca volcánica que se formó cuando brotó desde las profundidades de la tierra el magma fundido, relleno de las grietas cercanas a la superficie, pero enfriándose y solidificándose muy rápido, con lo cual se transformaron en rocas muy semejantes al vidrio. Para nuestra sorpresa, nos avisó que el basalto, era lo que en ese momento estábamos pisando.

Luego nos mostró las geodas, unas estructuras esferoides de varios centímetros de diámetro, que primero fueron huecas y de paredes de cuarzo y ágata, y que al colarse el agua a través de ellas, las rellenan los diferentes minerales disueltos, en capas de múltiples y caprichosos colores. Algunas, están ubicadas a cincuenta y hasta ochenta metros de profundidad, y como si fuera una Ley absoluta para todo en nuestras vidas, cuanto más hondas, trabajosas y difíciles de alcanzar y de extraer, más hermosas y de mejor calidad resultan ser.

Ahora que conocíamos algo más de la “historia oculta” de las geodas, las contemplábamos distinto, hipnotizados, como si el movimiento del período cretáceo que alguna vez aprendimos en la escuela secundaria, dejara el limbo de los libros y se materializara frente a nosotros, dejándose tocar.

Las geodas de Amatista, una resplandeciente variedad de cuarzo, plétóricas en hierro y manganeso, nos impactaban de lleno con sus colores, tonos, gamas y matices, en mezclas extravagantes y fantásticas, oscilando entre el violeta lívido o morado y el sagrado púrpura, compitiendo holgadamente en sus diseños con los estilos de pintura más modernos, aunque con una pequeña diferencia: Millones de años antes que apareciesen los estilos conocidos como informalismo y abstraccionismo, ellas esperaban serenas e inmutables para que algún día las gozásemos.

Las de Topacio, con su aspecto de lágrimas cristalizadas en piedras duras de múltiples caras piramidales, con un lustre perfectamente suave, brillando en sus distintos tonos azules, azules pálidos, amarillos y hasta en verdes y rojos, como si un agua coloreada, cansada de correr por este mundo, un día se hubiese hecho roca transparente para siempre.

Otras de Ágata, un mineral compuesto por capas de cuarzo de diferentes y heterogéneos colores, en formas de nódulos redondeados, acomodados en vetas o capas concéntricas de sílice, alúmina y óxido de hierro, dibujadas por un cuidadoso artista que se inspiró en las estrellas y las nebulosas de las noches misioneras y que las salpicó con inclusiones verde oscuro, de aspecto musgoso.

- *¿Y sirven para algo, estas piedritas?... la verdad es que me siento decepcionado, esperaba más... – expresó Guillermo, con la descarnada sinceridad que lo caracterizaba. El guía lo miró sorprendido y no tardó en responderle Osvaldo.*
- *La belleza existe por si misma. Depende de la armonía entre las proporciones de las formas, del diseño cuidadoso de sus contrastes, de la unidad y el orden que existe en lo complejo, es cierto. Pero también depende de que uno sea capaz de gozarla y recién entonces, es un nutritivo alimento para el espíritu, fomentando en nosotros las mejores virtudes. Si ante algo que hace enmudecer embelesados a muchos, nosotros permanecemos indiferentes, en realidad somos nosotros quienes estamos cerrados y posiblemente, tampoco nos alcancen los superiores valores del espíritu.*



La meditación del ser y la meditación y embeleso del verde, luego de contemplar y escuchar lo que vivimos en Wanda, tuvo para nosotros una mucho mayor profundidad. Empezamos a sentir una intensa paz y un sereno amor por todo y por todos, una subyugante felicidad sin palabras, duradera... una real tranquilidad en el orden, una falta de preocupación por las pequeñeces de la vida, una tolerancia mayor por nuestros errores y los de los demás, unas profundas ganas de ser útiles a los demás... Cuando volvíamos hacia la ruta, los tres nos dimos vuelta a mirar y

entonces, sentí la necesidad tremenda de decir una simple pero profunda frase, que me recordó a Don Triángulo:

- *La belleza que nos enseñaron a mirar, debemos llevarla hacia delante, en nuestro corazón y transformarla en obras...*

El riguroso sol misionero, comenzó a menoscabar nuestro rendimiento desde las primeras horas de la tarde. Como todos los días, nuestros cuerpos no rendían igual a la tarde que a la mañana, pero ese día fue peor.

El ruido monótono de los platos y piñones, el zumbido continuo de las cadenas, el susurro parecido a un despegue permanente de las ruedas sobre el pavimento, son hermosos cuando se escuchan en la ruta y la emoción que producen, es extraordinaria, siempre y cuando uno se encuentre físicamente bien. Cuando comienzan a molestar – y eso fue lo que empezó a ocurrirme -, es signo inequívoco que algo importante está fallando en nuestro cuerpo.

Mi cadena comenzó a producir un chirrido insoportable, a pesar de haberle colocado aceite antes de la salida. Cuando me desplazaba hacia las banquetas - que en ese lugar eran más angostas - y circulaba por donde no había pavimento, la trepidación de la bicicleta me parecía ensordecedora, como si el vehículo estuviese a punto de desarmarse entero y cuando tomaba una bajada, el sacrificio me resultaba aún peor.

Mi odómetro, el instrumento encargado de contabilizar los kilómetros recorridos, al cual ignoré completamente durante los días anteriores del peregrinar, pasó a ser vital en ese corto trayecto que faltaba, debido al intenso e insoportable calor. Mostraba que aun faltaban treinta kilómetros para el cruce con la Ruta Provincial Número 101, que lleva a las Cataratas del Iguazú y ocho kilómetros más, para el fin de la Ruta Nacional Nro. 12, en Puerto Iguazú.

Para estar peor, primero hay que estar mal. Y así fue. Se nos pincharon la rueda posterior de mi bicicleta y la delantera de Jorge, pues las piedras no perdonan una rueda con parches o mal inflada y habíamos pasado por una zona de pedregal terrible, en la cual se nos sacudió todo e incluso, un poco más...

Iba aumentando el calor y me sentía cada vez más débil. Comí pasas de uvas y maní, alimentos esenciales por su alto valor calórico, pero sin sobrecargar el estómago en medio del camino. Trataba de prevenir el cuadro que es conocido entre los ciclistas de ruta como "*la pálida*", pero sucumbí al mismo y tuve que pararme por un lapso. No sentía los brazos y me tuvieron que echar agua en la cabeza.

Tomé un trozo de una pulposa manzana y me comí dos bananas que me resultaron deliciosas y luego "devoré" litros y litros de agua, tras lo cual, empecé a sentirme algo mejor. Dos niños a la vera de la ruta, me conmovieron con un gesto simple y aislado, al convidarme mientras yo pasaba pedaleando, con dos naranjas que ya estaban peladas, sin la cáscara...

El calor nos seguía apretando en una forma cada vez más y más intensa, insoportable... inaguantable. Elevé a Dios una oración, pidiéndole que alguna miserable nube se apiadara de nosotros y nos ocultara del maldito sol. Y milagrosamente ante mi sorpresa - juro que pensé en Julián y sus billetes de lotería - me sentí escuchado, pues al rato el cielo entero se nos cubrió de nubes grises y un viento fresco, alivio nuestro pesar. Una fina llovizna nos empezó a golpear en el rostro y sin embargo, me parecía el regalo más hermoso que podía enviarnos el cielo en ese día y creo además, haber tenido la misma, exacta y precisa sensación que tuvo Moisés y su pueblo en el árido desierto, cuando le cayó el milagroso maná, desde el cielo generoso.

Volvió el entusiasmo a mi cuerpo y a mis pies; los kilómetros comenzaron a pasar más rápido: tres, cuatro, cinco... pero en una escarpada subida, la cadena no aguantó más y se me reventó. Saqué la herramienta para repararla y en no más de diez minutos, la cadena estaba como nueva. Los problemas aparecían por todos lados... pero también las soluciones y eso, nos hacía sentir más fuertes y confiados. El camino nos enseña a ayudarnos entre todos, para superar juntos los obstáculos que aparecen todos los días. Esfuerzo, constancia y trabajo. Sin ellos, no se logra nada. Como en la vida...

Una vez que físicamente nos sentimos bien recuperados, gracias al favorable cambio climático, recobramos nuestro entusiasmo por el meditar y hablar de los más altos valores del espíritu.

Somos - indudablemente – simples esclavos de nuestros frágiles cuerpos y un simple dolor o una molestia grave, atentan y tiran por el suelo, a todo aquello que no sea el simple subsistir.

- *Se suele juzgarnos por los actos finales y no por las causas primeras que los produjeron. No estuvo mal mi decisión de abandonar los hábitos, si no que estuvo mal haberlos tomado sin una real vocación.* – comentó Osvaldo en voz alta, como si supiese que ese tema nos despertaba curiosidad.
- *¿Por que te equivocaste, entonces?* – le pregunté, animándolo a que siga hablando.
- *Cuando muchacho, me gustaba asistir a ejercicios espirituales. A los dieciséis años, fui a uno en el que meditamos sobre la muerte – muy sencillo, claro y no angustiante -, a otro, sobre la caridad – muy lindo y práctico – y finalmente, a uno sobre la vocación religiosa o matrimonial. En ese, el cura terminó leyendo el poema del "El carruaje del rey" y me quedó haciendo eco su pregunta "¿Qué me puedes dar tú?"*
- *Eras demasiado chico.*
- *Y después, siguió con el cuento de Oscar Wilde "El ruiseñor y la rosa" que penetró demasiado profundo en mi ardorosa mente juvenil. Yo no quería ser cura, en absoluto, pero imaginarme al ruiseñor dando al rosal su sangre, para que un estudiante enamorado encontrara su rosa roja en pleno invierno, fue una piedra de lleno en mi rostro. Entré en una profunda crisis. La extrañeza, desconsuelo y el cruel padecimiento de mi novia, cuando le di la noticia de la ruptura, nunca podré olvidarlos.*
- *Y sobre todo a esa edad de los dos.*
- *Me dijeron que ese sufrimiento, era requerido por Dios como signo de purificación. Me insistían en que debía dejar mi vida entera en manos de Dios, sin pedirle nada. Y que era un sacrificio por la humanidad a la que yo había querido "ayudar", de forma limitada. Cuando intenté explicarles que mi vocación era matrimonial, me dijeron que ya nunca podría ser feliz, ni haría feliz a mi mujer, pues no cumplía con la voluntad de Dios.*
- *¡Qué estrategia diabólica!*
- *Y que no les pidiera celebrar mi matrimonio si lo hacía, pues era casi un pecado. Hasta me dijeron que rechazara por diabólicos, mis intentos de consultar el tema vocacional con un psicólogo o con mis padres – nos contó, haciendo que los tres nos detuviéramos a un costado del camino para escucharlo, compadeciéndonos.*
- *Ellos vieron mis ansias de apostolado y se aprovecharon, exagerándome las limitaciones que el matrimonio imponía a una tarea apostólica, lo cual me planteó el dilema si quería emplear mis dones para Dios o para mi propia vida, entremezclando mi mente con mi corazón. Hubiese necesitado muchos meses de reflexión, antes de semejante compromiso de por vida, pero jugaron con mi ingenuidad y con mi inseguridad – concluyó Osvaldo, con un dejo de tristeza en su voz...*

Hacia las seis de la tarde llegamos bastante fatigados – *la acumulación de días, comenzaba a sentirse* -, al cruce de la Ruta Provincial Número 101. El rugido de las cataratas era muy audible e invitaba ir – rápidamente -, hacia su encuentro. Guillermo, Jorge y yo, decidimos seguir hasta Puerto Iguazú. Osvaldo, se despidió con lagrimas en los ojos y con una cálida sonrisa, abrazándonos a los tres y luego de intercambiarlos teléfonos, montó y dobló hacia la derecha, hacia las cataratas...

Los últimos once kilómetros, sabiendo que lo más duro del día terminaba, crearon en nosotros la ansiedad por finalizar y entonces, nos apuramos. Cuando ingresábamos a Iguazú, la Ciudad de las Cataratas, sucumbimos ante la tentación de una dorada cerveza, cuyo envase de vidrio oscuro,

destilaba finas y pequeñas gotas de un rocío helado y que ofrecía incitante, un joven vendedor ambulante...

La cerveza me dio energías extras. Tenía ganas de pedalear y pedalear como si fuesen las siete de la mañana y no encontré ningún motivo, para inhibirme. Entramos velozmente por la Avenida Victoria Aguirre mientras Jorge, rezagado, pedía a gritos que fuésemos algo más despacio. Y luego, en una bajada del terreno, me encontré yendo a sesenta kilómetros por hora, en plena Avenida Tres Fronteras y fue entonces cuando a un semáforo endemoniado, se le ocurrió ponerse en rojo.

Con toda las fuerzas de mis manos, apreté ambos frenos y el cable de la rueda delantera, tras un sonoro "crack", se me cortó. El freno de atrás, se había gastado parcialmente en el camino y ahora, de casi nada me servía... Los colectivos, autos y camionetas cruzaban como enormes moles por la intersección... no me quedó otra opción, que tirarme velozmente hacia el cordón... y la rueda delantera, quedó transformada en un grotesco ocho, mientras que mi hombro derecho, amortiguaba mi turbadora caída, felizmente con tan solo algunos aislados magullones.

Noveno día en la ruta. - No te haga ningún problema, chamigo. La novia, el reloj y la bicicleta, no se prestan... pero hoy, yo te voy a dar la rueda de mi bici y también las gomitas de los frenos y así, llegas tranquilito. El Lunes me las devolvés... y listo.

Muchas veces, nos llegaba la ayuda desde donde menos la esperábamos. La generosidad del "botones" del hotel donde nos hospedábamos, permitió que yo reanudara el viaje, ese mismo día Domingo y muy temprano, cuando las bicicleterías de la ciudad estaban bien cerradas hasta el lunes y adquirir otra rueda, era tarea poco menos que imposible..

Con la rueda delantera bien angosta, "de carrera" y la trasera bien ancha, "de cross country", transformado mi querido Rocinante en un improvisado "injerto", pasó a ser el blanco preferido de las "insoportables cargadas" de Jorge y de Guillermo, pero rápidamente cubrimos los dieciocho kilómetros que nos separaban de las majestuosas cataratas, a las cuales arribamos acompañados de su perpetuo rugido como música de fondo. Portábamos agua mineral y mucho repelente de insectos, como único equipaje.

Estacionamos a nuestros tres fieles "corceles", encadenándolos a una gruesa columna y como merece cualquier catedral del mundo, respetuosamente a pie, recorrimos subyugados las impresionantes cataratas (catedral del agua, de la flora y de la fauna misionera).

Cada metro del sendero nos llamaba la atención, deteniéndonos a cada instante. Los musgos insertos en las rocas, recorrían todas las gamas de los verdes y los colores lilas, blancos, rojos y amarillos de las infinitas variedades de flores silvestres, estallaban sobre el verde fondo de la selva, compitiendo con los multicolores plumajes de los pájaros. El cielo y el río, con sus cortinas y encajes de agua cayendo desde las altas rocas transformadas en líquidas paredes, parecían encerrarnos en una enorme y mágica burbuja, aislada del mundo y sus miserias.

Profundamente agradecidos - desde el alma -, ante el privilegio único de poder contemplar el majestuoso espectáculo de las formidables cataratas, elevamos todos - ateos y creyentes-, los ojos emocionados hacia el alto firmamento.

A través de sinuosos senderos, emocionantes puentes, angostas pasarelas y panorámicos balcones, en una arquitectura prolija, acertada y armoniosa, contemplábamos muy de cerca - casi tocando con las manos -, a muchos de los cientos y cientos de saltos de agua en caída libre, precipitándose desde los setenta metros de altura. Y percibíamos desde una inmediata vecindad, a los rocosos islotes, que albergaban orgullosos a mini selvas tupidas y frondosas.

Un río inagotable y perpetuo cayendo sobre otro, como si fuese el mar inmenso o incluso el mismo mundo, desarrancándose vertiginosamente y abriendo caprichosos senderos entre las rocosas moles de basalto, interrumpido a veces por imperturbables rocas, peñones y salientes milenarios, que pulverizaban el agua y la dispersaban en un manto etéreo de nubes, que se tocaban y danzaban abrazadas, generando perfectos, luminosos y brillantes arco iris que se agrandaban y subían, cada vez más y más alto, cuando el sol descendía por la tarde, como si llenos de vanidad y orgullo, pretendiesen reemplazarlo al astro rey en su lumínica función.

Solamente el silencio impactante de la selva por las noches, impresionaba tanto como el ruido del agua cayendo y haciendo vibrar la tierra en que pisábamos. Nos deslumbraba la lujuriente vegetación que se derramaba incontenible, sobre las costas del río en ambos lados, edificando una perfecta catedral de aguas danzantes e imparable vegetación selvática, conmoviéndonos en la misma esencia de nuestro ser y haciéndonos dudar, hasta donde todo eso era un sueño y hasta donde, realidad.

- *Conocen la leyenda de las cataratas?* - nos preguntó Jorge y sin esperar a que le respondiésemos, prosiguió - *El cacique Ignob, de los caín ganguees, que habitaban las márgenes del Río Iguazú, tenía una bella hija - Naípi -, consagrada al Dios Serpiente M'Boy, que gobernaba el bosque. Un joven guerrero - Tarobá -, se enamoró de ella y aprovechando la fiesta de consagración, mientras el cacique y el hechicero ingerían bebidas con maíz fermentado y los guerreros danzaban, la secuestró - con la complicidad de ella - y huyeron en su canoa, río abajo, arrastrados por la corriente. M'Boy para vengarse, se retorció en lo profundo de la tierra, haciendo hundir el lecho del río y creando una cascada gigantesca, en la que se desbarrancaron los amantes. Ella se transformó en roca y él, en espigado árbol, para siempre.*

Retomamos nuestras bicicletas - que ya comenzábamos a extrañar - y nos dirigimos hacia el Centro de Investigaciones Ecológicas Subtropicales, pues a pocos metros del mismo, comenzaba el largo Sendero Macuco. Un cartel de bienvenida, bajo la protección de un pequeño techo de chapas a dos aguas, mostraba el mapa del sendero, dividido por grados de creciente dificultad. Era justo lo que estábamos buscando, pues ese era el punto obligado de nuestra última partida, según el legado póstumo de Don Triángulo.

Ingresamos unos metros y regresamos disparados del sendero, como rayos. Mucho más rápido aun, de lo que entramos. Un enjambre de desesperados mosquitos hambrientos, nos recordó sin un mínimo de protocolo, que a ese lugar solo se ingresaba protegiéndose con muy abundante repelente de insectos. Cuando reingresamos, unas enormes telas de arañas, con sus "patudas" y gigantes casaca dueñas, pusieron otra vez a prueba nuestra buena voluntad para avanzar.

El sendero se extendía más allá de tres kilómetros, flanqueado por una selva atiborrada y enigmática, en un verdadero lujo visual para aquellos que además de mirarla, sabían observarla. Diferentes carteles a lo largo del camino, ayudaban a entenderla.

A los costados, los árboles más altos ascendían en alturas de casi treinta metros, mezclándose el Rabo Molle, el Ibira Pita y el Pacará, con el Incienso, en apretados abrazos que nos proyectaban su sombra aliviadora.

Algo más abajo, el Guatambú Blanco, el Laurel Negro y la Cancharana, extendían sus firmes tallos hasta los veinte metros, mientras los helechos, orquídeas, begonias y claveles del aire, se derramaban generosos por el suelo y por los troncos bajos, conviviendo con oleadas de maravillosas mariposas y con invencibles ejércitos de insectos.

Un obeso Pecarí, un pequeño cerdo salvaje con el cuerpo cubierto de pelos largos y duros, de un color castaño oscuro a negruzco, apareció cómodamente acostado en el medio del sendero y escapo, asustado y gritando, apenas vio que nos estábamos acercando.

Cada tanto se mostraban tímidamente los Macucos o pavas de monte - los cuales le dieron su nombre al sendero - , unos pájaros inconfundibles por su color ceniza claro, de matices aceitunados y marrones en su parte posterior, que se alimentaban de pequeños frutos caídos, de semillas y de insectos. Desconfiadas al vernos, quedaban inmóviles con su cuello erguido y con la parte posterior del cuerpo, levantada. Otras, al observarnos se recostaban asustadas, como fingiéndose muertas.

Los Zorzales, parecidos a los mirlos, pero con sus dorsos de color pardo y bien moteados por debajo, trinaban con sus picos finos y movían inquietas sus elegantes colas largas, posándose en el suelo y buscando insectos y pequeños frutos.

Más adelante, un simpático Pájaro Carpintero, trepado firmemente con sus patas - parecidas a unas garras - en un tronco, cavaba con su pico recto y puntiagudo, en forma de cincel, un perfecto agujero en la corteza.



De golpe nos detuvimos, pues posado en una rama, había un bellissimo Tucán, el icono perfecto del Iguazú, de enorme pico amarillo terminado en una mancha negra, de brillante plumaje blanco en el cuello y negro en su cuerpo.

Con tantas paradas y descansos, el recorrido nos demoró cerca de una hora, pero al final, contemplamos triunfantes nuestra meta: el salto Arrechea, con su pequeña playa. Nos invadió una

sensación de intimidad y de ilusión, por la serenidad y el remanso del paisaje que se transmitía y embargaba a nuestras almas. El canto polifónico de los cientos de pájaros, el ruido del agua cantarina en la cascada y la mezcla increíble de olores, de decenas y decenas de flores salvajes, eran un marco perfecto para meditar profundamente ¿Podría alguien imaginar un sitio mágico y mejor, para que con su mensaje de paz llenase a nuestras almas de más dicha o fuese capaz de

aliviarlas en sus humanas desgracias, en algo más que lo que podía hacer ese bálsamo reparador?

Bajamos con extremo cuidado por la difícil escalera que desciende hasta el salto mismo y cuando terminó de hacerlo Guillermo - el último -, empezamos a saltar abrasados y a gritar desaforados, pronunciando la fantástica palabra con la que soñábamos desde hacia muchos días: - ¡LLEGAMOS!...

Solo meditamos en un corto intervalo. La ansiedad nos consumía, impulsándonos a completar el rito final de la carismática Ruta del Verde. Extraje de un bolsillo de mis ropas, una pequeña cinta de seda pura y de un brillante color verde. La corte en tres pedazos iguales, que anudamos bien firme en la muñeca izquierda de cada uno de nosotros y nos quedamos mudos, simplemente. Porque las palabras - en ese fascinante momento -, sobran.

Al día siguiente, planeábamos encontrarnos con nuestras respectivas familias en Puerto Iguazú - sitio previamente concertado -, desde la cual nos dispersaríamos a diferentes destinos turísticos. Cuando salimos del sendero y pasábamos por la entrada del Parque, divisamos a Osvaldo entre un grupo de turistas franceses, devenido en animoso y entusiasta guía turístico, en especial de una atractiva *Mademoiselle*

- *Garganta* - vocalizaba Osvaldo.
- *Gar - ganté* - respondía ella, sumamente divertida.
- *del Diablo* - insistía él.
- *De - dia - bo - lo* - intentaba ella, mirándolo a los ojos y reprimiéndose la risa.
- *C'est la plus impressionante des chutes du point de vue de lapuissance* - afirmaba Osvaldo en un francés perfecto – *Un brouillard continuel en enveloppe les abords...*

Según la leyenda, más que antigua y sin embargo respetada, las Cataratas se formaron cuando Naípi renunció a consagrarse al Dios del bosque, cambiándolo por un amor humano. ¿Acaso el sacerdote Osvaldo llegaría hoy, a ser la fantástica causa, de una nueva y alucinante catarata?



PRIMERA MEDITACIÓN (todos los días, dos veces por día, alternando con la siguiente)

Nos sentamos bien cómodos sobre el verde césped, con la cabeza y la espalda erguidas. Así, aprenderemos a concentrarnos en nuestra propia respiración, con los ojos y los oídos cerrados (gozamos al percibir como entra y como sale el aire puro, mientras nos desintoxica física y mentalmente).

Hacemos respiraciones profundas y entonamos el “OM”, el sonido universal del Universo. Vaciamos nuestra mente imaginando que es una vasija que se desagota y luego, aceptamos aquello que se nos va presentando en la meditación. Concentrarnos y meditar, nos proporcionan poder interno, sobre nosotros mismos, pero debemos estar atentos a no hacerlo sobre deseos de odio, indignos, destructivos o egoístas.

Si no estamos seguros de un deseo, debemos repetirnos siempre: "le deseo si es digno de mí". El conseguir nuestro deseo egoísta, siempre generará nuestro propio perjuicio.

Luego, trataremos de contemplar la luz del sol en el amanecer y en el atardecer, como un símbolo de lo eterno y de lo divino. Y meditaremos sobre eso, mientras imaginamos nuestros tres problemas mayores convertidos en piedras y mentalmente los ponemos a los lados del sol. Poco a poco, iremos valorando la real importancia que tienen nuestros problemas en el inmenso universo del cual formamos parte...

Después nos imaginaremos la luz del sol (aunque llueva o este nublado) dentro de nosotros; primero, la introduciremos mentalmente en un pimpollo de color rosa y luego, mientras brilla con un esplendor increíble, entrará mágicamente en nuestro corazón.

Ahora, esa joya quedará colocada en un altar, en el interior del templo que es nuestro propio cuerpo. Me acaricio con ternura todo el cuerpo, mientras me repito a mí mismo: “mi cuerpo es bueno” “mi cuerpo es bueno” “mi cuerpo es bueno” ...

Le permito que brille en todo su esplendor, que envíe sus rayos en todas direcciones, incluso hasta alcanzar a aquellos que amo y que sé, que tienen la suficiente sensibilidad, para recibir esa luz, ese calor y esa compasión que les mando.

Ahora, yo soy el portador de la luz, el guardián del templo, y siento que el resplandor que calienta mi corazón, se hace más y más brillante, hasta iluminar todo mi ser. Esa intensa luz está quemando mis sufrimientos y dolores, transformándome en alegría, en amor y en felicidad. Tosa esa luz me envuelve y me baña, purificándome. Sonrío. Sonrío.

Cuando comprenda que la luz en mi corazón y la divina luz eterna son la misma cosa, habrá logrado la unión con ella y sabrá que representa la verdad y el amor.

Esa felicidad de la mente que ha sido limpiada de toda impureza y que ha penetrado dentro del ser, solo puede sentirse, pues las palabras no sirven para describirla. Solo la mente en paz, puede vibrar en armonía con el valor supremo.

Embeleso del Verde

Solo debe meditar en este embeleso, cuando hallamos cumplido más de la mitad - *jamás antes* -del recorrido en la Ruta del Verde.



*V*oraz de vida

*E*mites tu color,

*R*ompiendo la nada, el silencio y la quietud.

*D*ios hecho materia, que

*E*ternizas la vida y la esperanza.

Repetirlo muchas veces en el día y si es posible, de memoria. Debemos hundirnos en la esencia de su mensaje, pues además del acróstico, en él se ocultan dos frases implícitas, que al descubrirlas, provocaran en nosotros un goce de paz indescriptible.

Si no descubrimos el significado intrínseco del mismo, es inútil que alguien intente explicárnoslo. Tampoco sirve recurrir al consejo de un adulto, por más intelectual que sea; a lo sumo, puede ayudarnos algún niño muy pequeño...

SEGUNDA MEDITACIÓN DEL COLOR

(Realizar todos los días de la peregrinación, dos veces por día)

El verde, es un vehículo de energía, eminentemente reservado, en el sentido de que cautelosa y difícilmente nos manifiesta su interior; pero una vez que lo hace, nos muestra el todo, desde la esencia misma de la naturaleza y desde la propiedad íntima, que caracteriza a cada ser.

Surge de la combinación armónica entre el cielo - *de color azul* - y el Sol - *de color amarillo* - Es esplendoroso, desde que emite generosamente su luz, para que lo gocemos. Simboliza la Fe, la Vida y la Naturaleza.

Es el color de la esperanza, pues fortalece nuestro ánimo para que nos convenzamos que es posible aquello que deseamos... El color verde es sinónimo de vegetación y del comienzo de una nueva vida. Es el símbolo perfecto de la Juventud, porque encierra en su esencia toda la energía, el vigor y la frescura.

Contemplar el verde nos produce un saludable descanso visual, pues nos causa alivio en las fatigas y en las dificultades físicas y psicológicas, del trajinar sobre este mundo. Encierra en su interior el deseo, en el sentido de darnos la fuerza y de impulsarnos hacia aquello que apetecemos. Nos permite expresar los sentimientos más libremente, pues ayuda

a relajarnos y a comprender aquello que nos pasa y a eliminar las falsas excusas. Es el filtro, que nos recuerda el equilibrio que debe reinar en todo el cuerpo. En lo físico, proyecta su energía vital sobre el sistema circulatorio, mejorando la función cardíaca al ayudar a reducir la hipertensión.

Nos ayuda a lograr el equilibrio, al motivarnos a buscar la armonía entre las diversas cosas, y a alcanzar la mesura en nuestros actos. Pero también el verde nos habla de crecimiento, ese que aplicado a las personas es ejemplo de cada vez mayor autoridad, importancia y atrevimiento, como el que debemos fijarnos en nuestras metas, mientras recorremos la vida. Nos ayuda a controlar el egoísmo, ese que se expresa por un afán de posesión y por celos enfermizos. Nos obliga a expandir nuestro amor hacia nosotros mismos y hacia todos los demás, pues la relajación que nos produce el verde, nos obliga ser menos malos.

El verde esta impregnado de perseverancia, de esa constancia en la virtud que ya expresamos, gracias a alguna cualidad destacable en nosotros y nos motiva al esfuerzo por mantener la gracia, sin que se nos apague por las adversidades.

Es el símbolo perfecto de las riquezas naturales, de la superficie y el subsuelo. ¿Qué sería de la vida en la tierra, de la producción agrícola, de la flora y de la fauna, sin el verde de la clorofila vital?

SEGUNDA MEDITACIÓN DEL SER

(realizar todos los días de la peregrinación,
dos veces por día, alternando con la
meditación anterior)

Nos sentamos bien cómodos sobre el verde césped, con la cabeza y la espalda erguidas. Así, aprenderemos a concentrarnos en nuestra propia respiración, con los ojos y los oídos cerrados (gozamos al percibir como entra y como sale el aire puro, mientras nos desintoxica física y mentalmente).

Hacemos respiraciones profundas y entonamos el OM. Vaciamos nuestra mente imaginando que es una vasija que desagota y luego, aceptamos aquello que se nos va presentando en la meditación. Concentrarnos y meditar, nos proporcionan poder interno, sobre nosotros mismos, pero debemos estar atentos a no hacerlo sobre deseos de odio, indignos, destructivos o egoístas.

Si no estamos seguros de un deseo, debemos repetirnos siempre: "le deseo si es digno de mí". El conseguir nuestro deseo egoísta, siempre generará nuestro propio perjuicio.

Luego, trataremos de contemplar la luz del sol en el amanecer y en el atardecer, como un símbolo de lo eterno y de lo divino. Y meditaremos sobre eso, mientras imaginamos nuestros tres problemas mayores convertidos en piedras y mentalmente los ponemos a los lados del sol. Poco a poco, iremos valorando la real importancia que tienen nuestros problemas en el inmenso universo del cual formamos parte...

Después nos imaginaremos la luz del sol (aunque llueva o este nublado) dentro de

nosotros; primero, la introduciremos mentalmente en un pimpollo de color rosa y luego, mientras brilla con un esplendor increíble, entrará mágicamente en nuestro corazón.

Ahora esa joya quedará colocada en un altar, en el interior del templo que es nuestro propio cuerpo. Me acaricio con ternura todo el cuerpo, mientras me repito a mí mismo: "mi cuerpo es bueno" "mi cuerpo es bueno" "mi cuerpo es bueno" ...

Le permito que brille en todo su esplendor, que envíe sus rayos en todas direcciones, incluso hasta alcanzar a aquellos que amo y que sé, que tienen la suficiente sensibilidad, para recibir esa luz, ese calor y esa compasión que les mando.

Ahora, yo soy el portador de la luz, el guardián del templo, y siento que el resplandor que calienta mi corazón, se hace más y más brillante, hasta iluminar todo mi ser. Esa intensa luz está quemando mis sufrimientos y dolores, transformándome en alegría, en amor y en felicidad. Tosa esa luz me envuelve y me baña, purificándome. Sonrío. Sonrío.

Cuando comprenda que la luz en mi corazón y la divina luz eterna son la misma cosa, habrá logrado la unión con ella y sabrá que representa la verdad y el amor.

Esa felicidad de la mente que ha sido limpiada de toda impureza y que ha penetrado dentro del ser, solo puede sentirse, pues las palabras no sirven para describirla. Solo la mente en paz, puede vibrar en armonía con el valor supremo.